Capítulo **3**

La geografía del poblamiento de la Venezuela hispánica.

José Ángel Rodríguez

JOSÉ ÁNGEL RODRÍGUEZ LUIS. Nació en 1953 en Tenerife, Islas Canarias. Venezolano. Licenciado en Historia en la Universidad Central de Venezuela, 1980. Docente desde 1980 en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela, actualmente profesor titular desde 1999. Doctor en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos en la Universidad Michel de Montaigne – Bordeaux III, Francia. Beca de postdoctorado durante 1992 a 1994 de la Fundación Alexander von Humboldt con sede en Bonn, Alemania. Humboldtiano. Premio de Estudios Canadienses otorgado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Canadá y The Internacional Council for Canadian Studies, 2004. Premio Municipal de Literatura, mención Investigación Histórica, 1998. Premio Nacional de Historia Francisco González Guinán 1999, Academia Nacional de la Historia. Autor de los libros: *Los paisajes geohistóricos cañeros en Venezuela*, Academia Nacional de la Historia, 1986; *Alejandro Hernández: historias de una pasión*, Ediciones Centauro, 1988; *Pampero. Una tradición, una industria*, Fundación Pampero, 1988; *El paisaje del riel en Trujillo*, Academia Nacional de la Historia, 1994; *Babilonia de pecados*, Alfadil, 1998; *Venezuela en la mirada alemana*, Comisión Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, 2000 y *La historia de la caña*, Alfadil, 2005. Ha coordinado: *Alemanes en las regiones equinocciales*, Alfadil-Comisión Estudios de Postgrado de la FHE de la UCV, 1999 y *Visiones del oficio. Historiadores venezolanos en el siglo XXI*, Comisión Estudios de Postgrado de la FHE de la UCV -Academia Nacional de la Historia, 2000. Asiduo colaborador de revistas especializadas tanto venezolanas como extranjeras. Ha presentado cincuenta ponencias en congresos académicos de América Latina, Europa, Estados Unidos y Oriente Medio sobre temas geohistóricos venezolanos.

G

E

O

[1] El marco geográfico donde se desenvolvió el poblamiento en Venezuela desde el siglo xvi hasta 1810 no es el mismo territorio que concebimos en la actualidad. Por una parte, los límites territoriales, desde el punto de vista de la geografía administrativa, han disminuido. Por otra, los paisajes naturales y humanos han sufrido modificaciones profundas debido a la acción de las variables geohistóricas que, con diversa intensidad, se han expresado tanto en la secuencia temporal, en este caso a lo largo de tres siglos, como en la sucesión espacial. Dicho de otra manera, el marco geográfico venezolano no es un espacio inmutable, tal como algunos historiadores lo han presentado de manera desatinada. Por el contrario, en Venezuela, desde los umbrales del siglo xvi, el ritmo geohistórico de la acción antrópica en el uso de la tierra ha variado fuertemente debido tanto a la heterogeneidad de las características geográficas venezolanas y de sus recursos naturales como al aprovechamiento que hicieron de ellos los primeros españoles y sus descendientes, con el aporte indígena y la mano de obra negra esclava, en un marco espacial siempre cambiante. Han habido, de esta manera, diversas formas y tipos de poblamiento que han sufrido cambios, a veces violentos, en función de coyunturas socioeconómicas en los procesos de extracción de recursos físicos y humanos. Asimismo, la implantación geohistórica del poblamiento hispánico no ocupó por igual todo el territorio e incluso evitó extensas áreas geográficas. Hubo, de esta forma, espacios percibidos como repulsivos por la extrema aridez, factor que explica las bajas densidades humanas en Paraguaná y la Guajira, sectores orientales de la isla de Margarita, Araya y Coro. O por la humedad y densidad vegetal excesivas en el delta del Orinoco, áreas selváticas guayanesas y amazónicas de clima tropical lluvioso, sur del lago de Maracaibo, selvas de San Camilo y Ticoporo y los llanos bajos inundables de Apure. La incidencia de la acción humana es evidente desde los albores de la penetración hispánica a través del ciclo de extracción de perlas en el oriente y la posterior explotación de los recursos pesqueros, hídricos, de recolección forestal y de fauna, agrícolas y ganaderos que se sucedieron con diversa intensidad. La explotación de estos recursos consolidó el poblamiento en pueblos y ciudades, muchas de ellas emplazadas en asientos previos aborígenes. Algunos paisajes sufrieron regresiones sustanciales, al punto de desaparecer y convertirse en poblados fantasmas; otros, en cambio, evolucionaron y reforzaron sus funciones urbanas, convirtiéndose algunas ciudades en auténticas matrices de expediciones que contribuyeron al poblamiento del territorio, que contaba con unos cuantos miles de habitantes a comienzos del siglo xvi y cerca de un millón —entre españoles, criollos, pardos, indígenas y negros— a finales del período hispánico.

[2] Para 1810, este contingente humano estaba desigualmente repartido en el marco geográfico de la Capitanía General de Venezuela, creada por real cédula del 8 de septiembre de 1777 en el marco de las reformas políticas, económicas y sociales instrumentadas por Carlos III, que integró las seis provincias, hasta el momento relativamente autónomas, de Margarita, creada en 1525, Venezuela (1528), Nueva Andalucía o Cumaná (1563), Guayana (1530), Maracaibo, cuyos orígenes se remontan a la fundación del Espíritu Santo de La Grita en 1573 y que, a partir de 1622, tomó progresivamente el

nombre de Maracaibo en sustitución al de provincia de Mérida y La Grita, y Trinidad (1731), tomada por los ingleses en 1797. La consolidación del territorio y su centralización en Caracas se consumaron con la creación de la Real Audiencia de Caracas (1786), tribunal encargado del control permanente de funcionarios y de las instituciones, y del Real Consulado (1793), responsable de fomentar la economía regional. En la esfera religiosa, la creación de los obispados de Mérida-Maracaibo (1777) y el de Guayana (1790), marcaron un paso importante en la integración religiosa, que culminó con la elevación de la diócesis de Caracas a arzobispado en 1803.

FIG.1 «Mapa topográphico de la provincia de Venezuela. Alias Caracas, con parte del nuevo reino de Granada probincia de Maracaibo», Joseph Santos Cabrera. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*, Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola, Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.* 7.

3 El poblamiento de Venezuela comenzó por el oriente y tuvo su origen en los placeres perlíferos, especialmente los de Cubagua, isla despoblada que por sus características físicas de extremada aridez y carencia de recursos agropecuarios impulsó tanto poblaciones en espacios contiguos, especialmente en la isla de Margarita y en Cumaná, como expediciones en la búsqueda de mano de obra. Estas incursiones, marcadas por excesos y atropellos, soliviantaron no sólo las comarcas del golfo de Cariaco sino el territorio comprendido desde cabo Codera a Paria hasta mediados del siglo XVII, una de las razones de la lentitud del poblamiento y de las numerosas repoblaciones de pueblos y ciudades.

Riqueza y miseria de Nueva Cádiz de Cubagua

4 Las perlas constituyeron el fin básico del poblamiento y uso del suelo urbano en la pequeña isla de Cubagua. La efectuaron mercaderes de las islas La Española y San Juan, para el beneficio de comerciantes en Sevilla, Amberes, Venecia y Lisboa, principales centros del comercio de las perlas de la época en Europa. Los comienzos del poblado fueron modestos pues se trató en los primeros tiempos, vale decir entre 1513 y 1525, de una ranchería de toldos y chozas. Para fines de 1528, no obstante, el pueblo se había organizado en una ciudad, llamada Villa de Santiago por breve tiempo, hasta adquirir el nombre de Nueva Cádiz, auténtica ciudad con viviendas de muros de argamasa y tapias encaladas, pero también de casas de piedra, la primera construida en 1526. Bien describió el núcleo urbano el poeta Juan de Castellanos(1) como un lugar de «casas torreadas» y de «altos y soberbios edificios», huellas paisajísticas inequívocas de la riqueza de la extracción perlífera. En efecto, la vida cotidiana se beneficiaba de los «tráfagos, contratos y bullicio» forjados por el intenso comercio de los «granos bellos», cuya actividad mantuvo por algunas décadas las «plazas y las calles ocupadas» en la primera ciudad del territorio venezolano, sólo antecedida en Sudamérica por San Sebastián de Urabá y Santa María la Antigua de Darién. Los ostrales, sin embargo, no son eternos, menos aún si sufren desde el comienzo de una explotación desenfrenada, como en efecto: hubo, de esta manera, signos de agotamiento desde 1528, por lo cual se declaró una veda en 1533, medida tardía, ciertamente, que culminó con el abandono completo de la pesca en 1543.

5 La consecuencia geohistórica de este severo proceso de expoliación, el primero en su estilo en Venezuela, tuvo su impacto inicial en el uso del suelo urbano. De esta manera, una próspera localidad, con más de 1.000 habitantes en su etapa de bonanza, se convirtió en la primera ciudad fantasma venezolana: sus casas y calles fueron abandonadas y sus últimos habitantes buscaron paisajes más atractivos en Margarita y en Tierra Firme. Otro resultado geosocial fue la expoliación que sufrieron miles de buceadores indígenas, cuya existencia, según fray Bartolomé de Las Casas, era «no vida, sino muerte infernal», pues pasaban gran parte del tiempo zambulléndose en el agua «desde que sale hasta que se pone el sol», alimentándose tanto de «algún pescado» como del pro-

(1) *Elegías de varones ilustres de Indias*, pp.106-107.

porcionado por «las mismas ostias» del molusco, acompañado de «pan cazabí» o de maíz, muchos de los cuales murieron ahogados «cansados y sin fuerzas» por no «poder resollar» o debido a que «algunas bestias marinas los matan o tragan»[(2)]. Fueron estos hombres quienes, a lo largo de 30 años de explotación, extrajeron un total de 11.877 kilos de perlas. Los resultados geosociales expuestos, con su secuela de regresiones paisajísticas, constituyen, por un lado, una muestra de la génesis de algunos de los problemas de deterioro ambiental en el territorio venezolano y, por otro, la inexactitud de una versión geohistórica del territorio impoluto en el pasado, sólo dañado por el hombre en la época contemporánea…

El vergel margariteño

6 Bien lo exponía el poeta Juan de Castellanos, Cubagua era «estéril y pequeña». No contaba tampoco con «recurso de río ni de fuente» en su superficie de 24 km². A los sumo tenía «cardos y espinas solamente» lo que comprometía la existencia de sus habitantes. Tampoco tenía población indígena. Estas restricciones de su geografía física y humana la convirtieron en matriz de nuevas poblaciones que consolidaron paisajes agrarios, ganaderos, pesqueros y urbanos en comarcas contiguas, en Margarita para empezar, a la que «cultiva y enriquece» en palabras del poeta. Esta isla poseía una reducida población de indios guaiqueríes a comienzos del siglo xvi, desigualmente distribuida entre sus dos macizos montañosos. El occidental, dominado por el cerro Macanao, de gran aridez, con escasas precipitaciones y ausencia de ríos permanentes, con poblamiento costero muy exiguo, basado en la pesca y en la cría de caprinos, casi deshabitado en el período hispánico. No ocurre lo mismo en el macizo oriental, cuyo eje central lo constituyen los cerros Grande y Copey, elevaciones que reciben precipitaciones anuales que permitían en el período hispánico ríos de curso continuo a lo largo de numerosos valles, posibilitando el asiento geohistórico de los principales centros urbanos y rurales. Fueron estos paisajes interiores los que atraen la apetencia de algunos neogaditanos, en especial cuando los ostrales de Cubagua comienzan a agotarse. Al principio, la alimentación de los cubagüenses se traía de preferencia de La Española, San Juan e incluso de Sevilla, a costos muy altos debido a la geografía de las distancias. En el caso de las importaciones de Sevilla, se trataba, especialmente, de productos de la dieta mediterránea: trigo, aceite y vino. A partir de 1524, sin embargo, la situación cambiaría porque los principales alimentos se importaron, primordialmente, de Margarita, cuyos paisajes agropecuarios interiores surtían a la isla seca tanto de verduras, frutas, casabe, abundante pescado, «gustosa y salubérrima comida», como de ganado, cuya carne era, según Castellanos, de «sabor muy escogida».

7 Las incursiones neogaditanas poblaron entonces la isla, cuyos inicios se ubican en la costa, para de allí penetrar al *hinterland* más húmedo. La localidad más importante del interior, La Asunción, al resguardo de los ataques piratas, fue fundada en 1536. Por su parte, el poblamiento costero se concentró en Pueblo de la Mar (actual Porlamar), cuyo primer asiento data de 1526, el centro más activo del comercio con Cubagua; Pampatar

(2) Datos tomados de Enrique Otte, *Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua*, p. 25.

(1580), el más dinámico e importante de la isla, íntimamente ligado a La Asunción, y Pueblo del Norte, o Juan Griego (1661), vinculado a la Villa de Santa Ana, focos de actividades comerciales, legales y de contrabando. Margarita, asimismo, fue tierra de irradiación: gente y ganado de la isla consolidaron nuevas poblaciones en Tierra Firme, en su fachada oriental. De la misma manera, las intenciones pobladoras llegaron el litoral central: de la isla partiría el mestizo Francisco Fajardo quien erigió, en 1560, el hato de San Francisco, posiblemente en lo que hoy es Catia, finalmente abandonado por la hostilidad de los indígenas locales.

FIG.2 «Descripción de la ysla Margarita con sus puertos, puntas, encenadas, valles, serros, caminos, lagunas de agua salada y trincheras que están en los caminos para defença de la ciudad…», Don Juan Betín, 1661. 31,5×53,3 cm. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*, Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola, Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.*35.

[8] Esta emigración se repetiría en otros momentos históricos, en particular cuando la alta densidad de población, junto a la carencia de recursos alimentarios con limitaciones en la producción, impulsó a los margariteños a emigrar hacia otros espacios, particularmente en los siglos XIX y XX, gracias a cuya presencia se consolidó la soberanía venezolana en sus áreas insulares. Esta presencia redimió de manera parcial las contracciones territoriales sufridas a partir del siglo XVII debido a la toma por las potencias enemigas de España de varias islas en el mar Caribe venezolano, entre ellas Curazao, Aruba, Bonaire y Granada, espacios «inútiles» en la óptica española. Este proceso culminó en 1797 con la pérdida de Trinidad, en cuyo relativo abandono actuaron las corrientes marítimas adversas que dificultaban la comunicación fluida desde Tierra Firme. Su primer asentamiento data de 1592 cuando se fundó San José de Oruña. Posteriormente, los capuchinos catalanes fundaron, a partir de 1687, 9 pueblos misionales al sur de la isla, todos abandonados en 1714 cuando los frailes dejaron Trinidad por enfrentamientos con los colonos, vacío poblacional que aprovecharían los ingleses

FIG. 3 Plano de Puerto Cabello y sus cercanías, 1764. 37,2 × 66,8 cm. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*, Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola, Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.* 43.

FIG. 4 «Planta de la fuersa de Araya. El amarillo es lo fabricado. El verde está por fabricar», firmada por Bartolomé Prenelete, 1636. 30,5 × 42,6 cm. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*, Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola, Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.* 123.

décadas más tarde. Esta situación no ocurrió en Margarita porque, a lo largo de todo el período hispánico, su poblamiento siempre fue estimulado por las autoridades españolas, más allá de sus recursos perlíferos, pesqueros o agropecuarios, por un hecho de singular importancia: el valioso recurso de su estratégica situación geográfica respecto a su entorno insular caribeño y, sobre todo, respecto a Tierra Firme. Esta valoración geográfica la hicieron también las potencias enemigas de España, razón por la cual las autoridades españolas, desde el siglo XVII, construyen fortificaciones en lugares estratégicos de la costa y en el interior: el castillo San Carlos Borromeo, en Pampatar, edificado entre 1664 y 1684, y el de Santa Rosa en La Asunción, terminado en 1681.

Los avatares de Cumaná

9 En el proceso del poblamiento en el oriente, el sitio de Cumaná, que entró en la historia hispánica en 1498 y 1499, constituye un punto de sugestiva relevancia, con fluctuaciones considerables a partir de 1513. Varias son las razones geohistóricas —que variarán en su jerarquía en función de coyunturas socioeconómicas en la secuencia temporal— para fijar el poblamiento en el lugar, como a lo largo de la cuenca del golfo de Cariaco, a saber: la existencia de agua, fundamental en un primer momento para la supervivencia en Cubagua, abundante mano de obra, la existencia de sal en la península de Araya, que se combina con una gran riqueza pesquera en la fosa de Cariaco, su situación como puerto en excelentes terrazas fluvio-marítimas, la presencia de un ubérrimo *hinterland* cercano y la facilidad de penetración, por el paso del Cocollar, a las tierras altas del Macizo de Caripe, Alto Llano de Maturín y Bajo Llano hasta las mismas márgenes del Orinoco.

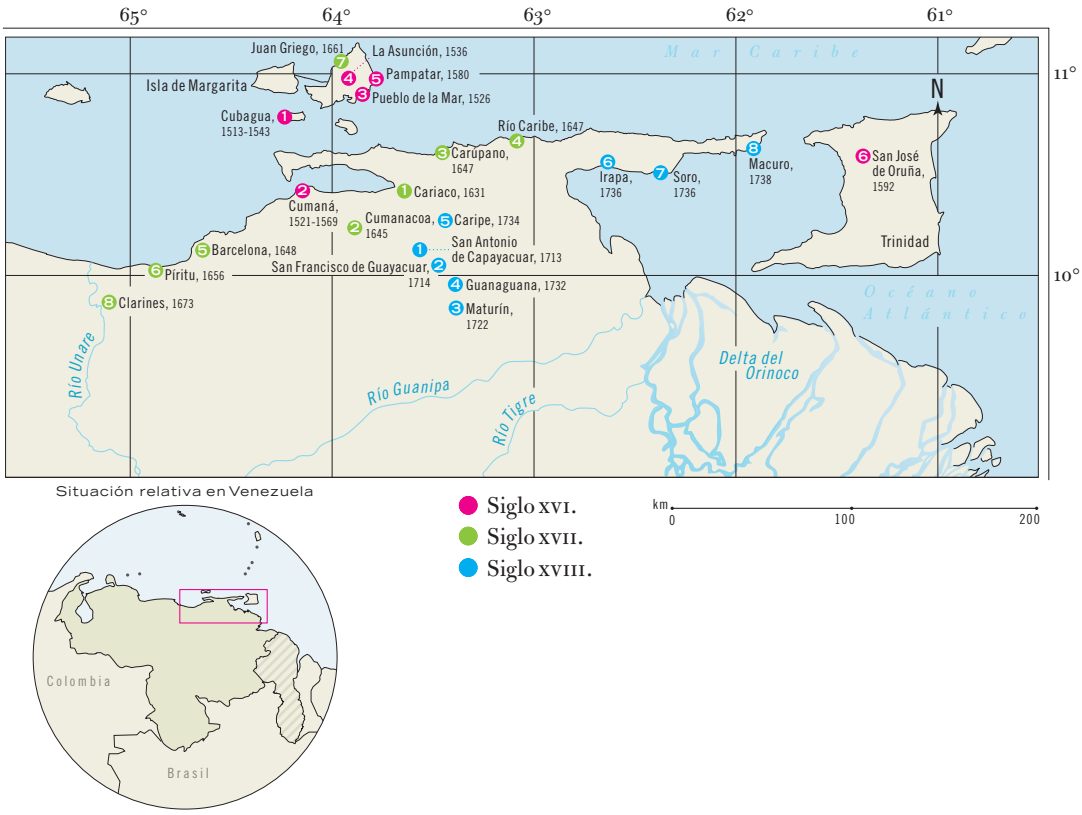
10 Los comienzos del poblamiento en Cumaná se sitúan entre 1513 y 1515 con misiones de franciscanos y dominicos, destruidas por los naturales en 1520 debido a una entrada violenta que buscaba mano de obra indígena para la pesquería de perlas de Cubagua. Gonzalo de Ocampo fue el encargado de castigar la rebelión indígena en 1521: en las acciones hubo no pocos muertos y a otros los llevó para su venta a Cubagua. Ocampo fundó ese mismo año Nueva Toledo, más fortaleza que pueblo, a cuya sombra se alojaron los franciscanos. La guarnición aseguró el suministro de agua a Cubagua pero duró muy poco: nuevas incursiones por mano de obra provocaron un nuevo levantamiento a comienzos de 1522. Jácome de Castellón fue el encomendado de apaciguar la costa cumanesa, encargándose hasta 1523 de la construcción de una fortaleza, destruida por un terremoto en 1530. Pero la costa no se pacificó y el sitio de la actual Cumaná sufriría regresiones importantes hasta 1569, cuando Diego Fernández de Serpa reconstruye el sitio de Nueva Córdoba —fundada por fray Francisco de Montesinos en 1562 y abandonada al poco tiempo—, con el nombre de Cumaná «para todo tiempo de siempre jamás». En ese proceso no hay que perder de vista la significación cultural y geoestratégica de la sal, fundamental para el salado del pescado y conservación de otros alimentos: la constante amenaza de los holandeses hasta mediados del siglo XVII impulsó la construcción del castillo de las salinas de Araya entre 1625 y 1645, el más grande del territorio venezolano. Fue demolido parcialmente en 1762 cuando su mantenimiento, además de innecesario, se hizo oneroso. Cumaná sólo prosperaría desde comienzos

del siglo xvii, convirtiéndose en la capital de la provincia de Nueva Andalucía. A principios de 1802, cuando contaba alrededor de 19.000 habitantes, era la ciudad-puerto más importante del oriente venezolano, posición defendida por el fuerte de Santa María de la Cabeza, edificado entre 1669 y 1673, y el castillo de San Antonio de la Eminencia entre 1684 y 1686.

Se puebla la Nueva Andalucía

11 El poblamiento en la gobernación de la Nueva Andalucía, llamada también de Cumaná, creada en 1568, ocupaba los actuales estados Anzoátegui, Monagas y Sucre, y hasta 1762, lo que hoy son los estados Bolívar y Delta Amacuro, concentrado en la fachada costera por casi siglo y medio cambió de perfil desde la segunda mitad del siglo xvii. La provincia como tal aglutinó un conjunto territorial de contrastes físicos muy marcados. Tuvo singular importancia en este proceso la fundación definitiva de San Baltasar de los Arias de Cumanacoa en 1645, vale decir 132 años después del arribo de los misioneros a Cumaná, hecho que destaca las dificultades del poblamiento en estos territorios. Otro ejemplo lo constituyó la avanzada poblacional hacia el extremo oriental del golfo de Cariaco, que cuajó, finalmente, con la fundación de San Felipe de Austria de Cariaco en 1631 en su emplazamiento actual, intentada al menos desde 1605. Por otra parte, en la franja costanera al mar Caribe que se extiende de Saucedo al promontorio de Paria, se fundaron Carúpano y Río Caribe, ambas en 1647, en cuyo *hinterland* pros-

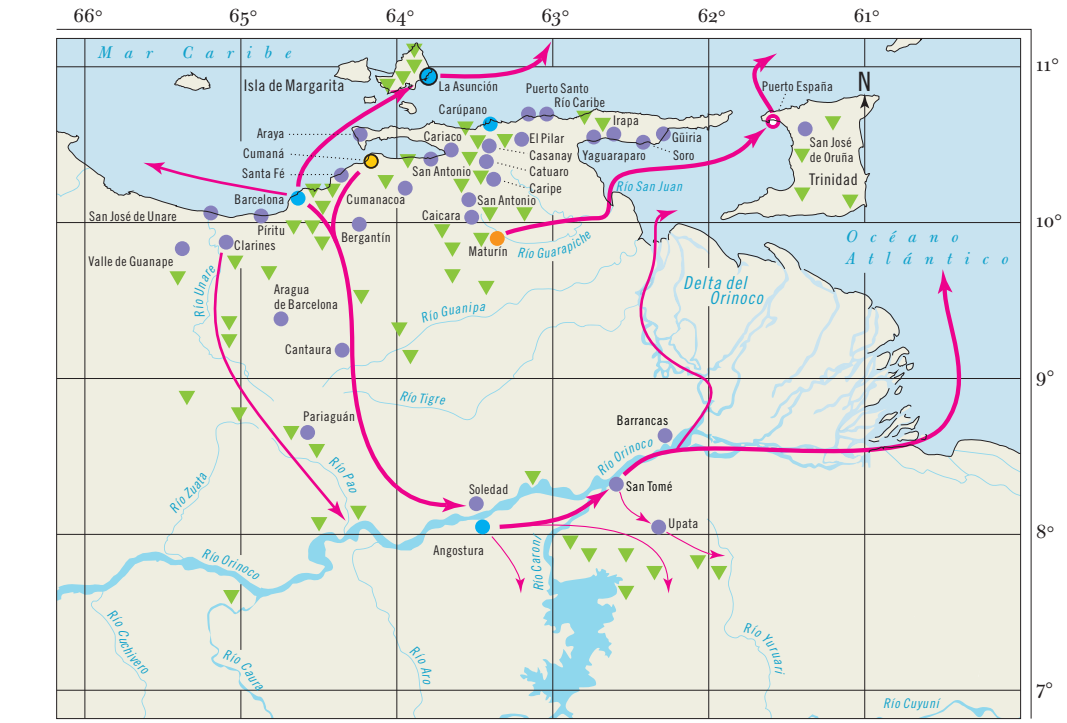
fig. 5 Principales poblaciones del oriente venezolano, siglos xvi, xvii y xviii.



peraron cacaotales y cañamelares. El poblamiento hispánico sería aún más lento en Paria y germinó gracias a los misioneros capuchinos aragoneses en los pueblos de Irapa y Soro, fundados en 1736, Macuro en 1738 y Yaguaraparo en 1760, mientras que el pueblo de españoles de Güiria se consolidó en 1745. Dos movimientos pioneros de orígenes distintos, en la búsqueda de tierras, consolidaron estas poblaciones, dedicadas primordialmente al cultivo del cacao. El primero vino por difíciles vías terrestres, básicamente desde Carúpano y Río Caribe. El segundo por vía marítima en 1797 cuando numerosos colonos españoles y franceses se refugiaron en esta microrregión para dedicarse a labores agrícolas —cacao, azúcar, algodón, café— y comerciales debido a la toma inglesa de Trinidad.

12 El poblamiento misional fue fundamental en algunas áreas de la Nueva Andalucía, básicamente en Paria, Barcelona y tierras de Monagas. En el poblamiento costero se destacan los franciscanos observantes, quienes desde mediados del siglo XVII penetraron en la microrregión litoral de los territorios comprendidos entre los ríos Unare y Neverí. Posteriormente se internaron en los llanos de Anzoátegui hasta las orillas del Orinoco. La fundación de Píritu en 1656, que corona intentos fundacionales desde 1538, fue esencial tanto para la defensa de las salinas de Unare, siempre amenazada por los holandeses, como de la isla Tortuga, donde habían erigido incluso un fuerte para la defensa local de la extracción de la sal y punto de acecho de otros territorios insulares y continentales, de donde fueron expulsados en 1633. Píritu se convirtió en el centro del desarrollo microrregional que, para 1799, llegaba a 38 pueblos misionales dedicados a actividades agropecuarias. Entre ellos destaca Clarines, erigido en 1673 luego de varios intentos, cuya iglesia-fortaleza refleja el empuje y riqueza misional. En el otro sector de la costa, desde la desembocadura del río Unare hasta Pozuelos, encontramos a Barcelona (1638) cabeza de una próspera subregión que se consolidó como exportadora de productos ganaderos, de a pie y en tasajo, que se prolongó, por Llanos y Mesas, hasta las riberas del Orinoco. Gracias a los misioneros capuchinos aragoneses, el poblamiento se consolidó también en las tierras altas de Monagas, espacios vacíos al poblamiento hispánico hasta comienzos del siglo XVIII. De esta forma, entre 1713 y 1736, los misioneros fundaron cerca de 15 poblaciones, entre ellas San Antonio de Capayacuar (1713), San Francisco de Guayacuar (1714), Guanaguana (1732) y Caripe (1734). Emplazadas en los valles altos del Macizo de Caripe a altitudes que bordean los 1.000 metros, este rosario de pueblos goza de climas semitemplados de altura tropical que crearon las condiciones necesarias para cultivos como cacao, tabaco, algodón, caña de azúcar, café y explotaciones de ganado vacuno y caballar. En este proceso, ya en tierras bajas, destaca Maturín, cuya primera fundación data de 1722, de vida precaria hasta 1760, en las riberas del Guarapiche, río y territorio que defenderá de las intromisiones de extranjeros, especialmente de franceses. De privilegiada situación en la zona de contacto entre las tierras altas del Macizo de Caripe y el Alto Llano con las sabanas de Mesas y Llanos vecinas al Orinoco, Maturín se convirtió en receptora de productos agropecuarios de diversas procedencias que comerciaba a través del Guarapiche, en especial con Trinidad.

FIG. 6 Poblamiento y rutas del nororiente venezolano hispánico, finales del siglo XVIII.



Situación relativa en Venezuela

Centros urbanos consolidados:

- ~ 20.000
- ~ 10.000
- ~ 5.000
- ~ 2.000

Villa urbana incipiente.

Poblamiento rural o misional densificado.

Eje de comunicaciones.

Adaptación modificada de Pedro Cunill Grau.

13 El proceso de conquista y colonización de occidente, que comenzó por el actual estado Falcón, fue también lento y lleno de contratiempos, uno de los más difíciles y largos de Hispanoamérica. Basta observar que entre la fundación de Coro y Caracas transcurrieron casi cuarenta años; veintidós entre El Tocuyo y Caracas. Su misma fundación no significó, adicionalmente, como sostiene la historiografía tradicional, y recogen algunos textos escolares, que se controlara todo el valle o que la conquista de Venezuela culminara en 1567. Las barreras geográficas y la resistencia de grupos aborígenes colaboraron con este orden de cosas. El poblamiento fue entonces lento en el siglo XVI, más activo en los siglos XVII y XVIII, cuando se descubren y pueblan nuevos territorios, entre ellos los valles del Tuy y Barlovento.

Por Coro hacia el Mar del Sur y tierra adentro

14 La penetración en occidente comenzó con tres expediciones a costas corianas desde La Española. En una de ellas, Juan de Ampíes levantó una ranchería, núcleo de la ciudad de Coro, en 1527. Posteriormente, Ambrosio Alfínger le otorgó forma física y jurídica al dotarla de iglesia, cárcel y cabildo en 1529. Coro fue la capital de Venezuela entre 1529 y 1602 aunque, de hecho, la capitalidad se ejerció desde Caracas a partir de 1576, fecha en la cual Juan de Pimentel, capitán general de la provincia, fijó su residencia en la ciudad. Fue también sede del primer Obispado de Venezuela entre 1531 y 1637, cuando el traslado a Caracas, que había comenzado en 1583 con la fijación de su residencia en el lugar por parte del obispo fray Juan Martínez de Manzanillo, se autorizó formalmente. El poblamiento en Coro, emplazado en una llanura litoral árida, menos desierta en todo caso que en la actualidad, fue accidentado en todo el período hispánico, en particular en las primera décadas de su existencia, cuando se convirtió en un lugar de paso de operaciones expedicionarias hacia tierra adentro, estimuladas por la búsqueda de oro y del Mar del Sur o Pacífico. En esas incursiones, en las que perecieron numerosos indígenas, los gobernadores alemanes, conocidos en la historiografía venezolana como los Welser o Belzares, que gobernaron la provincia de Venezuela entre 1528 y 1545 —Ambrosio Alfínger, Nicolás de Federmann, Jorge Spira, Felipe von Hutten—, tuvieron un papel fundamental. No descubrieron ni oro ni el Pacífico pero su penetración tierra adentro permitió vislumbrar los recursos de un territorio que sería colonizado ulteriormente.

15 Pese a esta sangría de hombres y recursos, Coro aprovechó más tarde el recurso de su situación geográfica entre la costa, donde se beneficia de su excelente comunicación con las islas antillanas, Curazao y Aruba en primera línea, con las que sostuvo un activo contrabando, y las comarcas agropecuarias en la Sierra de San Luis. Estas tierras del transpaís coriano, de elevaciones entre 1.000 a 1.500 m, con diversos tipos térmicos donde prosperan policultivos tradicionales como maíz, yuca y legumbres, y productos de exportación como cacao, ganado mayor y menor cuya relevancia se acrecentó en el siglo XVIII, componían el granero de Coro. Aquí justamente ocurrió la sublevación de negros y zambos dirigidos por José Leonardo Chirino en 1795. Las huellas paisajísticas de esa riqueza han quedado reflejadas en el casco urbano de Coro, en sus mansiones

señoriales, construcciones administrativas y religiosas. El poblamiento regional encabezado por Coro, ciudad que para 1810 albergaba alrededor de 10.000 habitantes, fue lento debido a la aridez e insalubridad, tanto en la costa oriental, desde La Vela, su puerto, hasta Tocuyo de la Costa, como en la occidental aún más seca que se establece en los uadis, con agua en la época de lluvias, orientado hacia el golfete de Coro y golfo de Venezuela. Por otra parte, el poblamiento en la península de Paraguaná se alojó de preferencia en los alrededores del Cerro Santa Ana (830 m de altura), cuyo microclima más húmedo permitió actividades agropecuarias; también hubo asientos en la costa oriental, donde destaca Adícora, puerto dedicado al contrabando, uno de los principales proveedores de ganado de las islas antillanas.

La fijación a la tierra

16 De las expediciones alemanas del territorio destacan dos aspectos: el primer asiento de Maracaibo y el contacto con paisajes interiores más aptos para las actividades agropecuarias. Entre esos espacios sobresale el valle del río Tocuyo donde se emplaza una de las ciudades más importantes del poblamiento en el occidente de Venezuela: El Tocuyo. En efecto, a orillas del río se erigió, según Galeotto Cey, uno de sus fundadores, un pueblo de casas de «cañas, paja y leña» el 1º de noviembre de 1545(3). Con ella comienza un ciclo de conquista y colonización cuyo lema consiste en no despoblar lo poblado. Así, durante la segunda mitad del siglo XVI, se inició una ocupación intensa del territorio que tuvo dos centros de partida. Uno de ellos, la Audiencia de Santa Fe de Bogotá, como se verá más adelante. El otro fue, justamente, El Tocuyo que se convierte, bajo el control de la Audiencia de Santo Domingo, en un núcleo generador de nuevas localidades, a su vez apoyo de otras expediciones pobladoras, a saber: Borburata (1548), Barquisimeto (1552), Valencia (1555), Trujillo (1558), Caracas (1567), Carora (1569) y San Sebastián de los Reyes (1585). En las ubérrimas tierras tocuyanas comenzó una etapa de fijación a la tierra basada tanto en la repartición de las primeras tierras e indios entre los miembros de la hueste conquistadora, base de encomiendas y mercedes de tierras que combinaron sementeras de policultivos autóctonos —maíz, caraotas, yuca— como cultivos comerciales de caña de azúcar y algodón que buscaron su salida tempranamente a través de Borburata. La incorporación de la biodiversidad mediterránea avanzó tanto con la vid y el trigo como con la cría de ganado vacuno, caballar y mular, productos que, desde El Tocuyo, partieron para otras tierras.

17 El proceso comenzó en Barquisimeto, emplazada en una terraza del río Turbio, cuyas actividades agropecuarias iniciales se vieron favorecidas por la presencia de mano de obra indígena, que conformó a lo largo del tiempo una importante subregión que, en 1810, contaba alrededor de 60.000 habitantes. Su rango urbano lo conquistó gracias a su estratégica posición geográfica, auténtica «llave de Occidente» entre sus comarcas vecinas con los territorios extrarregionales de los Andes, Maracaibo, Coro, Llanos occidentales y tierras centrales de la cuenca de Valencia. Barquisimeto, por esta razón, consolidó una función urbana de primer orden tanto por sus funciones de tráfico

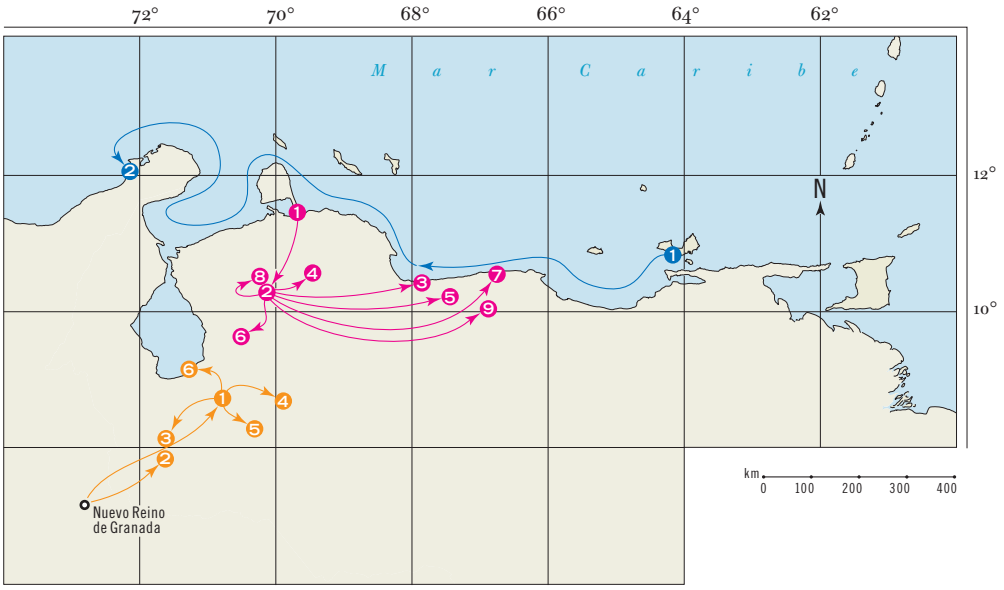
(3) *Viaje y descripción de las Indias (1539–1553)*, p.60.

comercial como por las rurales en sus comarcas circunvecinas, ricas en ganado y haciendas de caña de azúcar, algodón y trigo. Su irradiación se prolongó hacia la depresión de Yaracuy, en pueblos como Yaritagua (1768), donde florece la caña de azúcar, Chivacoa, pueblo indígena desde 1680, y Urachiche (1620) con crías de ganado mular, caballar y vacuno. Carora, por su parte, fundada finalmente en 1572, conforma una sugestiva microrregión. Pese a su emplazamiento en tierras áridas, la ciudad posee una situación estratégica en las comunicaciones entre Coro y El Tocuyo, Barquisimeto y lago de Maracaibo. Esta posición nodal la convirtió en un centro privilegiado de arrieros y comerciantes, además de contar en sus comarcas con hatos de ganado, vacuno y caprino.

Entre la costa y el llano

18 En la marcha hacia el centro, la fundación de la ciudad de Valencia en 1555 constituye una avanzada hispánica de sugestiva importancia geohistórica en la ocupación del territorio, en este caso una región que se iría conformando en base de ubérrimos suelos y una estratégica posición geográfica, entre la costa y el llano. Es en esta región de Valencia y valles de Aragua donde, por una parte, el poblamiento hispánico alcanzaría las cifras más altas en el territorio venezolano antes de la Independencia, con un total aproximado de 90.000 habitantes para 1810. Se trató, por otra, de una ocupación

FIG. 7 Rutas del poblamiento del centro-occidente venezolano, siglo XVI.



Fijación a la tierra:
1: Coro (1529).
2: El Tocuyo (1545).
3: Borburata (1548).
4: Barquisimeto (1552).
5: Valencia (1555).
6: Trujillo (1558).
7: Caracas (1567).
8: Carora (1569).
9: San Sebastián de los Reyes (1585).

Entrada pobladora de las Perlas:
1: Nueva Cádiz de Cubagua (1528).
2: Santa María de los Remedios (1538).

Entrada pobladora desde el Nuevo Reino de Granada:
1: Mérida (1558).
2: San Cristóbal (1561).
3: La Grita (1576).
4: Barinas (1577).
5: Pedraza (1592).
6: Gibraltar (1592).

armónica del espacio formada por paisajes urbanos de pueblos, villas y ciudades y espacios rurales, donde se definió un auténtico corredor urbano de ciudades como Valencia, Maracay (cuyo primer asiento data de 1593), Turmero, La Victoria, San Mateo, antiguas encomiendas elevadas a pueblos de doctrina en 1620, pequeñas y prósperas ciudades para fines del período hispánico. La base de la prosperidad regional se fundamentó en diversas actividades agropecuarias que se sucedieron en el tiempo con intensidad variable. A la cría de ganado y exportación de cueros, siguieron cultivos de exportación como el cacao, tabaco, añil, que protagonizó un súbito auge entre 1770–1797, algodón y café, además de las haciendas de caña de azúcar que favorecieron el mercado local y extrarregional. Puerto Cabello, al que se arriba por el abra de las Trincheras y la depresión del Yaracuy, consolidó su posición como el puerto regional más importante con la llegada, en 1730, de los barcos de la compañía Guipuzcoana, encargada de monopolizar el comercio de la provincia de Venezuela y de perseguir el contrabando. De singular significado para el poblamiento local y defensa del territorio fue la edificación del castillo de San Felipe, concluido en 1741. La consolidación de Puerto Cabello estimuló paisajes urbanos y rurales en el *hinterland* inmediato costero, donde prosperaron haciendas en Ocumare de la Costa, Choroní y Chuao, pequeñas poblaciones que giraron en torno al cultivo del cacao, uno de los de mejor calidad de todo el territorio. O en las microrregiones encabezadas por San Felipe, en 1693 un núcleo de jerarquía local, y Nirgua, consolidada en 1628, y en el piedemonte andino llanero, ricas tierras dedicadas a cultivos comerciales, en especial el tabaco, asociados a la ganadería.

Supremacía y boato caraqueños

19 La fundación de Caracas en 1567 fijó definitivamente un poblamiento que se había intentado desde la costa en 1560. Emplazada en un largo pero estrecho valle a 900 m de altitud, con el cerro Ávila que limita su desarrollo hacia el norte y la separa del mar Caribe, su posición geográfica de centralidad de los territorios conquistados para el siglo XVI, la convierten de hecho en capital desde 1576, arrebatándole el papel protagónico a Coro, relativamente aislada de los nuevos territorios descubiertos. Sus límites urbanos cambiaron poco en el período hispánico, no así la riqueza de sus viviendas, que cambia con la prosperidad cacaotera: su crecimiento inicial se percibe de preferencia hacia el sur, hasta las riberas del Guaire en virtud de la pendiente hacia el curso del río; sus límites oriental y occidental fueron definidos por los ríos Anauco y Caroata, defensas naturales de una ciudad que, a comienzos del siglo XVIII, era de calles «anchas, largas y derechas», con construcciones civiles modestas y bajas por temor de los temblores, algunas de ladrillo pero por lo común de «tapias», casi todas con «espaciosos patios, jardines y huertas», a decir de José de Oviedo y Baños[4]. Por su parte, la posición caraqueña se incrementó debido a la concentración progresiva de funciones urbanas de diversa índole —administrativas, militares, comerciales, judiciales, eclesiásticas, culturales— que se consolidaron con la erección de la Capitanía General de

(4) *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*, tomo II, p. 420.

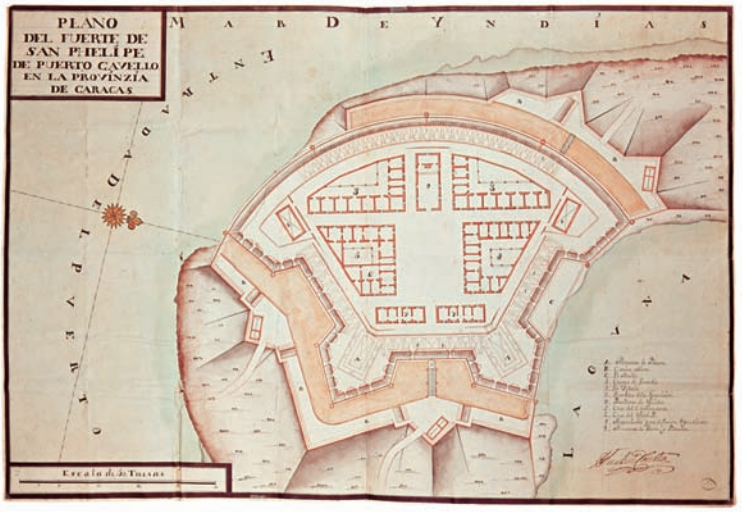
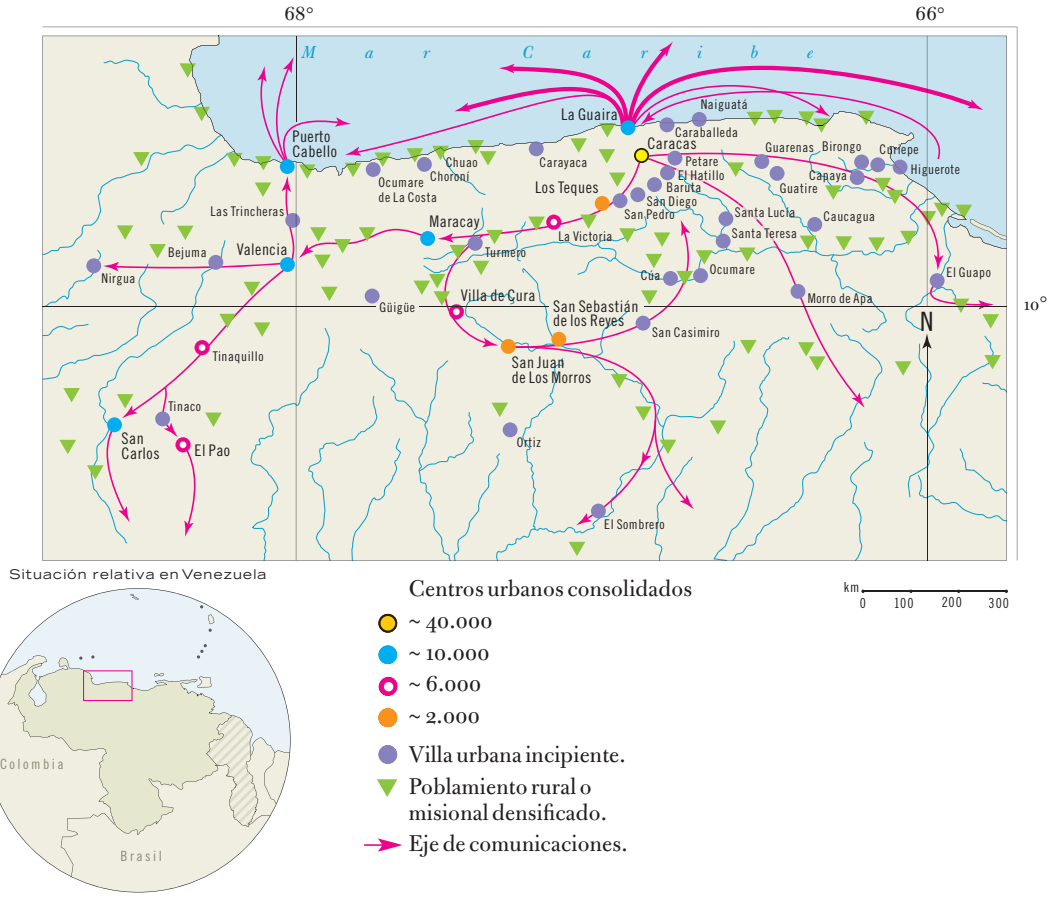


FIG. 8 «Plano del fuerte de San Phelipe de Puerto Cavello, en la provincia de Caracas», firmado por Juan Amador Courten, 1733. 54,8 × 82 cm. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*, Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola, Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.* 137.

FIG. 9 Planta de las Salinas de Araya y costa hasta Cumaná, 1600. 33,7 × 48,3 cm. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*, Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola, Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.* 27.

FIG. 10 Poblamiento y rutas del norcentro venezolano hispano.



Venezuela en 1777, cuando las otras provincias se sujetan en lo gubernativo y militar a Caracas. Esta centralización se arraigó con la creación de la Real Audiencia de Caracas en 1786, el Real Consulado en 1793 y el Arzobispado en 1803. Para 1810, era la ciudad más poblada de todo el territorio venezolano con aproximadamente 50.000 habitantes.

20 De la misma manera, Caracas consolida, en la secuencia temporal, una región compuesta por diversos espacios geográficos cuyas variadas actividades rurales, en especial las derivadas del comercio del cacao, le conceden una prosperidad que se manifestó incluso en las afueras de la ciudad, en las adyacencias del río Anauco y quebrada de Gamboa, como fue el caso de la «Casa de Solórzano», lujosa casa campestre propiedad del capitán don Juan Javier Mijares de Solórzano y Pacheco, terminada hacia 1797 y que fuera desde 1826 denominada «Quinta de Anauco», pero sobre todo en las construcciones del centro urbano, propiedades de ricos terratenientes absentistas cuyo aspecto exterior reflejaba la riqueza de algunas familias, que captaron la atención de no pocos viajeros de comienzos del siglo XIX. También sus interiores fueron objeto de sorpresa, según testimonia Francisco Depons, quien observó salas «amuebladas con decencia y hasta con riqueza» de cuyos techos colgaban «bellas arañas» y cuyos pisos estaban cubiertos por «soberbias alfombras», donde tropezó con «hermo-

sos espejos, cortinas de damasco carmesí en las ventanas y puertas del interior» además de «sillas y sofás de madera» cuyo asiento, de cuero o de damasco, estaba «relleno de cerda, y trabajado góticamente, aunque con excesivos dorados»(5). Dauxion Lavaysse menciona, a su vez, la «arquitectura bastante sólida, elegante y conveniente para el clima» en cuyos interiores percibió «lujo y mucho dorado en el mobiliario de las casas de los ricos»(6).

21 Alejandro de Humboldt, por su parte, había encontrado en la ciudad «dos categorías de hombres», unos apegados al pasado y otros con una inclinación «irreflexiva a menudo, por hábitos e ideas nuevas»(7). Esa inclinación, desde el punto de vista de la geografía de la percepción, al menos en el campo de la moda, estaba también presente en las caraqueñas, detalle que pasó por alto el sabio alemán, no así el obispo Francisco de Ibarra quien, entre 1800 y 1803, estudió detenidamente las galas femeninas, signos adicionales de la riqueza y poder mantuanos afianzados en el cacao. Destacaban «los flecos, las blondas, los pañuelos relucientes, los velillos más finos» y todo aquello que «servía a la vanidad» en los cuerpos de las damas poderosas pero también, para su gran sorpresa, «en las gentes de inferior clase», cuyo sexo femenino se prendaba también de «sayas de seda con flecos costosos, paños bordados, cintas y adornos». La mejor ocasión para lucir las prendas era durante las misas en la Catedral, y el posterior paseo por la amplia Plaza de Armas, cuando el «cierto descoco» femenino se manifestaba con más fuerza en «plumas, guarniciones, gasas, olores», con «camisas descotadas» muy ceñidas al cuerpo que mostraban «con mucha distinción los pechos», voluptuosidad manifiesta que cubría el corazón de Ibarra con una «densa nube de la tristeza más profunda»(8).

Los dominios de Caracas

22 La región caraqueña abarcaba un vasto territorio que comprendía, en primer lugar, el puerto de La Guaira, atracadero desde al menos 1558, cuya fundación oficial es de 1589. El puerto era un mal fondeadero, emplazado sobre el mar sin ninguna protección natural, cuyo entorno sufría, además, de los desprendimientos de rocas de las montañas a su espalda. Su importancia geohistórica estuvo asociada al afianzamiento de la capitalidad caraqueña, convirtiéndose por su estratégica posición geográfica en la ciudad mejor fortificada de Venezuela. Las obras comenzaron desde fines del siglo XVI. Para fines del XVIII existían 5 fuertes, 5 baluartes, 6 baterías y un polvorín. De singular relevancia en este cinturón costero lo constituyeron los pueblos y haciendas de cacao, azúcar y café del Litoral Central, desde Chuspa hasta Chirimena, que actuaron también como un cinturón defensivo de la capital. De igual manera, fue significativo el poblamiento microrregional en los pueblos y suburbios hortícolas de El Valle, La Vega, Antímano y Macarao, donde al lado de la caña de azúcar, el cacao y el cafeto crecían

(5) *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional*, p. 111.

(6) *Viaje a las islas de Trinidad, Tobago, Margarita y a diversas partes de Venezuela en la América meridional*, p. 222.

(7) *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, tomo 2, p. 331.

(8) Archivo Arzobispal de Caracas, Episcopales 41.

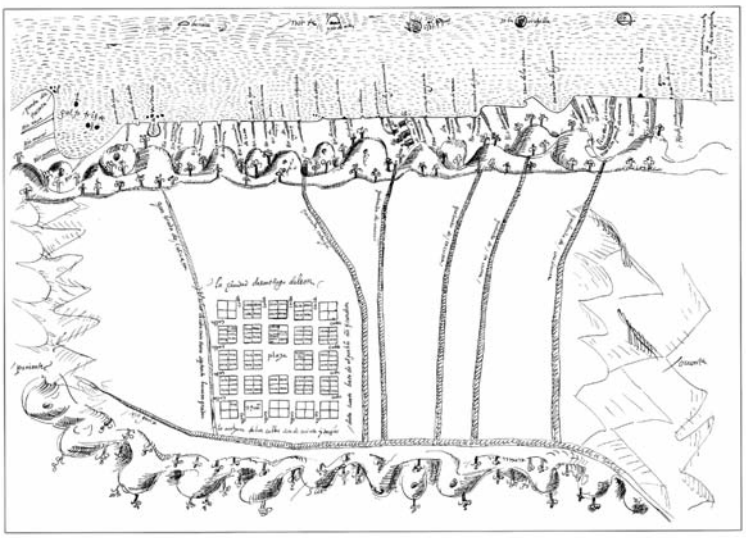


FIG.11 Traza de la «ciudad de Santhiago de León», 1578. Corresponde a relación de la provincia de Caracas hecha conforme a las instrucciones de Felipe II, de 1 de diciembre de 1575. 43,2 × 60,5 cm. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*, Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola, Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.* 55.

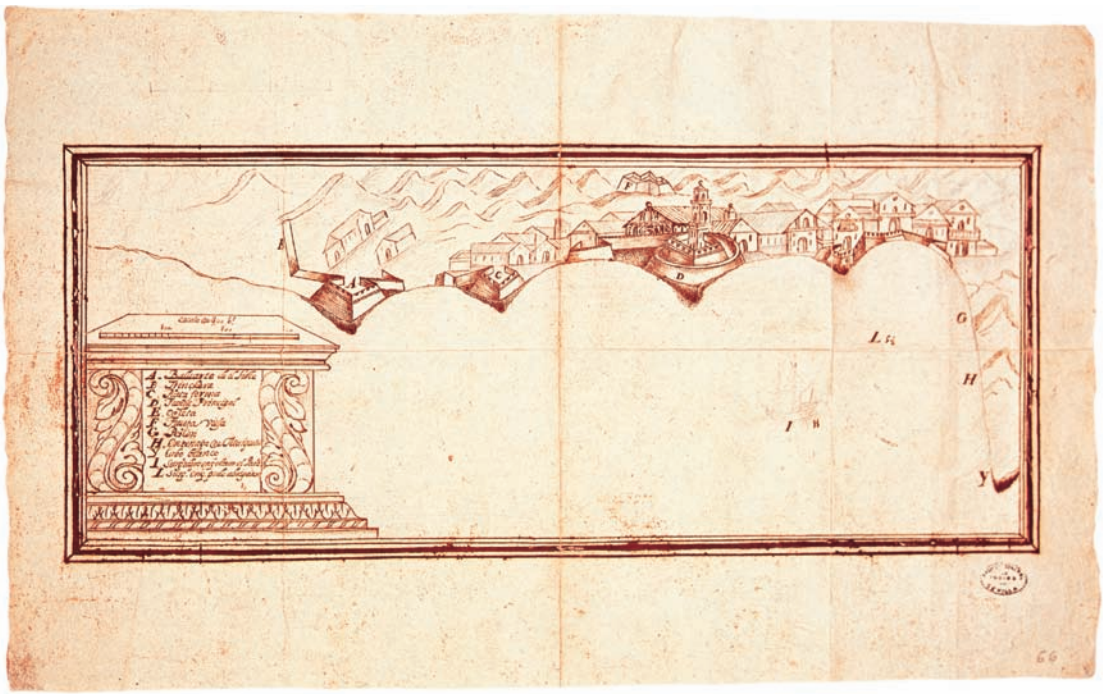


FIG.12 Vista de La Guaira desde el mar, 1700. 27 × 44,2 cm. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*, Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola, Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.* 129.

árboles frutales de la zona templada como duraznos, manzanas y membrillos, bases de afamadas confituras; los espacios primordialmente cafetaleros de Los Teques, San Antonio, San Diego y San Pedro como los espacios del azúcar y del café en Chacao, Petare, Guarenas y Guatire, centros hispanos y criollos que tomaron forma a partir del siglo XVII sobre la base de asentamientos indígenas.

23 La región caraqueña se proyectó, asimismo, en los valles del Tuy, virtualmente deshabitados hasta fines del siglo XVI de poblamiento español, que experimentaron, por las incursiones de caraqueños en busca de tierras, tímidos avances paisajísticos con la cría de ganado. En los siglos siguientes, el poblamiento tuyero se afianzó con haciendas cañeras, cacaoteras y, desde fines del XVIII, cafetaleras. De igual manera, aparecieron pequeños pueblos, muchos de ellos el resultado de poblamientos espontáneos en antiguos asientos indígenas y no de acciones de fundación precisas, que proporcionaron servicios a las unidades productoras dispersas. Es el caso de Sabana de Ocumare, el núcleo más poblado de la microrregión y existente desde 1689; San Francisco de Yare, de comienzos del siglo XVIII; Tácata, desde 1690; Santa Lucía (1621); Santa Teresa, de mediados del XVIII; Cúa (1690) y Charallave, de la segunda mitad del siglo XVII.

24 Por otro lado, la extensión del área de influencia caraqueña a la microrregión de Barlovento se manifestó desde fines del siglo XVII. Tres aspectos son primordiales de esta expansión hacia la llanura aluvial barloventeña, de subidas temperaturas y alta pluviosidad con amplia fachada sobre el mar Caribe: el cambio del paisaje natural de selva por el paisaje cultural de haciendas de cacao, la formación de pequeños núcleos urbanos y el trabajo casi exclusivo de mano de obra negra esclava. En el primer caso, la selva

FIG. 13 Mapa de la comarca del valle del Guapo, 1784.
48,2 × 63,7 cm. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*, Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola, Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.* 49.

virgen significó por mucho tiempo una barrera importante al poblamiento: a mediados del siglo XVIII, a casi dos siglos de la fundación de Caracas, Barlovento era una microrregión que todavía proporcionaba nuevos descubrimientos, como lo fue el hallazgo del valle y posterior fundación de El Guapo en 1747. Por otra parte, las grandes haciendas cacaoteras, instaladas de manera discontinua en el espacio geográfico junto a extensiones de selva, todavía considerables a comienzos del XIX, constituyeron la génesis de varios núcleos urbanos en el siglo XVIII. Estos centros fueron todos de modestísimas dimensiones, tanto en su extensión espacial, en la arquitectura, donde dominaba el bahareque, como en su equipamiento. Como se ha visto, la riqueza del cacao benefició directamente a Caracas, sede de poderosos terratenientes absentistas, ausencia que, a su vez, afianzó el poblamiento negro microrregional donde el mestizaje fue muy limitado. Colaboró con este estado de cosas el relativo aislamiento barloventeño, cuyas barreras geofísicas y humanas ahuyentaron la llegada masiva de pioneros españoles, canarios y criollos en el período hispánico, situación que perduró incluso hasta mediados del siglo XX. Dadas las circunstancias, los poblados barloventeños rara vez alcanzaron los 2.000 habitantes, entre ellos Caucagua, asentamiento asediado por indígenas tomusas desde 1696 hasta 1727, Panaquire (1737), Curiepe (1721), Río Chico (1790), e Higuerote, aldea indígena desde 1515, que asumió, en el siglo XVIII, su papel como puerto exportador del cacao de su *hinterland*, función compartida con Carenero (1769).

PISOS ALTITUDINALES Y POBLAMIENTO EN LOS ANDES

25 El segundo centro propiciador de la ocupación del territorio andino venezolano desde mediados de siglo XVI fue la Audiencia de Santa Fe de Bogotá. Antes de esa fecha hubo, sin embargo, conatos de penetración europea: en 1534 con los Welser y en 1547 desde El Tocuyo. La gesta fundadora, preocupada en principio por ocupar el camino entre el Nuevo Reino de Granada y la Provincia de Venezuela, cristalizó en algunos puntos de los Andes venezolanos, piedemonte andino y orillas del lago de Maracaibo. Sin embargo, las comunicaciones nunca fueron expeditas, tanto por las dificultades del medio físico como por las arremetidas de indígenas, en particular los motilones, que asediaron propiedades y asaltaban caminos en defensa de su territorio hasta bien entrado el siglo XVIII. Varios factores de la geografía física y humana explican el interés por los Andes, cordillera que atraviesa los actuales estados de Táchira, Mérida y Trujillo, y que ha sido, en sus rasgos esenciales, determinante en la configuración de un medio físico que ha condicionado la evolución geohistórica de sus comarcas. La forma y la disposición del relieve, los pisos térmicos, la diversidad de climas y suelos, han favorecido en la mayoría de los casos, y dificultado en otros, la implantación del poblamiento, sus actividades agropecuarias y las comunicaciones. Se trata, en lo esencial, de tierras sanas, percibidas desde temprano como espacios de refugio, lejos de la aridez de Coro o de La Guajira o de la excesiva humedad del sur de la cuenca del lago de Maracaibo. En los Andes, además, el clima y los suelos son muy variados en virtud de la presencia de diversos pisos térmicos, con dominio de los climas templados (1.500–2.200 m) y fríos (2.200–3.000 m) sobre el subtropical (800–1.500 m) y el tropical bajo (0–800 m).

Es en los tres primeros donde se concentró, de preferencia, el poblamiento andino, en especial a lo largo de los valles longitudinales: Torbes, Escalante, Uribante, La Grita, Mocotíes, Chama, Momboy y Motatán, entre otros. En ellos, hispanos y criollos armonizaron sabiamente el legado alimentario mediterráneo, aclimatando cultivos como el trigo y la cebada, que se combinaron y enriquecieron con especies americanas como el maíz, el apio y la papa, sembradas originalmente por comunidades indígenas, mano de obra que aprovecharon los hispanos desde temprano. Han sido también estos valles primordiales en la comunicación interna, siempre llena de dificultades, ciertamente.

FIG. 14 Vista de la ciudad y campos de Mérida, 1776.
30 × 42,1 cm. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*,
Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola,
Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.* 71.

26 La primera fundación que cristaliza de la entrada pobladora del Nuevo Reino fue Mérida (1558). La segunda San Cristóbal (1561), por la necesidad del Cabildo de Pamplona de fundar un poblado a mitad de camino con Mérida la cual, desde su fundación, se convirtió en matriz de expediciones pobladoras que cristalizaron en La Grita (1576) y Gibraltar (1592), además de Pedraza (1592) y Barinas (1577) en el piedemonte. En la subregión de Mérida, la mayor densidad humana se estructuró, desde el siglo XVI, en la cordillera de Mérida donde se concentraron los principales centros poblados, regulados por el ordenamiento jurídico que aprovechó la abundante población indígena, base de encomiendas y mano de obra, fundamentales en la estructuración urbana y rural andina, donde se aprovechan desde temprano los diversos pisos altitudinales. De esta manera, en el piso térmico tropical bajo prosperaron el cacao y la caña de azúcar para el mercado local y marabino, y en el templado armonizan plantas mediterráneas y autóctonas. Aquí el centro poblado fundamental fue la ciudad de Mérida, emplazada en el valle del Chama a 1.625 m de altitud, residencia por excelencia de los propietarios de la subregión. Las funciones administrativas, eclesiásticas y culturales conformaron un marco urbano de prosperidad alrededor de su Plaza Mayor, catedral y residencias de civiles, alcanzando 11.500 habitantes a comienzos del siglo XIX, 15.000 en la subre-

gión que dominaba. De sugestiva importancia fue La Grita, ciudad matriz de nuevas poblaciones, cabecera de provincia y la más importante del actual estado Táchira hasta comienzos del siglo XIX. Emplazada a 1.440 m de altitud, lideró una subregión dedicada al azúcar, al trigo y sobre todo al tabaco, el de «mejor calidad y con mayores ventajas para la oportuna provisión» según el intendente José de Ábalos en 1783. También en la microregión merideña de Bailadores, emplazada en el valle del Mocotíes a 1.178 m de altitud, creció esta planta junto al maíz y el trigo.

27 En las tierras de la depresión del Táchira, de marcado carácter de tránsito entre diversos territorios, se destacó San Cristóbal, cuya ubicación geográfica ha sido clave en su supervivencia. En efecto, emplazada a 826 m de altitud en la margen oriental del río Torbes, la localidad disfrutó de una privilegiada posición nodal de contacto con la capital del Nuevo Reino, por el camino de Pamplona y Tunja, con Maracaibo por los ríos Táchira, Zulia, Escalante y Catabumbo hasta el lago, con Mérida desde el siglo XVI, como con los llanos y Guayana, por el Uribante y el Apure hasta el Orinoco, desde el siglo XVIII. El poblado persistió como lugar de paso pero sólo se convirtió en ciudad a fines del XVI. El tráfico comercial hizo prosperar a San Antonio del Táchira (1724), en una microrregión de esclavos negros dedicados al cacao, Capacho y Táriba donde, para 1801, existían ya alrededor de 8 haciendas de café, cultivo incipiente en esa época. En algunos casos, las haciendas en los Andes constituyeron un factor de poblamiento. El mejor ejemplo en Táchira lo constituye Rubio (nombre desde 1855), formada dentro de una hacienda de café, en asociación en breve lapso con el añil, en 1794 en el sitio de La Yegüera, alrededor de la cual se consolidó un caserío que, para 1810, ya había sido erigido en viceparroquia eclesiástica.

28 En tierras trujillanas, la población hispana y criolla se ubicó, siguiendo el patrón de indígenas cuicas, en el valle medio del Motatán y en la cuenca del Castán debido a las facilidades para implantar paisajes agropecuarios, urbanos y de comunicaciones. Esta subregión andina comenzó a ser poblada desde 1558, fecha en la que se funda Trujillo a partir de una expedición organizada desde El Tocuyo. La ciudad, no obstante, conoció siete emplazamientos distintos. En el último fue reubicada a orillas del río Castán y la quebrada de los Cedros a 800 m de altura, encerrada entre dos montañas «de suerte que tiene la forma de un ataúd» como observa Depons. Desde Trujillo se propagó el poblamiento subregional, que contaba con 19.000 habitantes en los inicios del siglo XIX, por la cuenca del río Motatán hasta las estribaciones con el actual estado Lara y la ribera oriental del lago de Maracaibo, cuya prosperidad se basó en el aprovechamiento de los pisos térmicos: en el tropical prosperaron el cultivo de la caña, el algodón y por poco tiempo el añil. El café se comenzó a cultivar desde 1796 en alturas mayores. En los pisos térmicos templados progresaron paisajes agropecuarios que posibilitaron tanto la población rural y urbana como tráficos comerciales que favorecieron la consolidación de otros poblados: Motatán (1608) en la vía hacia el lago, Santa Ana (1653) y Carache, con poblamiento desde 1558, hacia Carora y Barquisimeto, y Boconó —valle reconocido en 1548 cuando se buscaban minas de oro, jamás encontradas— hacia los llanos.

29 En sus correrías por el territorio, Ambrosio Alfínger, que había partido de Coro, erigió el primer establecimiento de origen europeo en la orilla occidental del lago de Maracaibo. Corría el año 1529 y se trató de un modesto asiento que el alemán fundó con el nombre de Maracaibo. La ranchería, utilizada como base de operaciones de reconocimiento del lago y de los territorios colindantes, permaneció en pie hasta 1535: los ataques de indígenas y la falta de agua dificultaron su existencia. El segundo intento, esta vez desde los Andes trujillanos, tuvo lugar en 1569 pero se despobló en 1573 debido a incursiones nativas. En 1574 una nueva expedición, esta vez por mandato de Diego de Mazariegos, gobernador y capitán general de la provincia de Venezuela, a cargo de Pedro Maldonado sometió a los indígenas, repoblándose el sitio con el nombre de Nueva Zamora Laguna de Maracaibo, clara vinculación con su razón futura de vida: el espacio lacustre de 13.280 km². La mayor dificultad del poblado estribó en su emplazamiento en tierras calientes y áridas, aunque sanas, lo que no dejaba de ser una gran ventaja, donde no había «ríos ni fuentes en ocho leguas a su alrededor» como reza una relación geográfica de 1579[9]. Las amenazas de autóctonos no cesaron tampoco de inmediato: una relación del año 1607 destacaba que la ciudad vivía «oprimida y cercada por todas partes de enemigos, indios alzados», que fueron domeñados ese mismo año por una incursión militar de 6 meses que acabó, a sangre y fuego, con el peligro por algunas décadas[10].

Irradiación marabina

30 Pese a las dificultades, Maracaibo se consolidó como una de las ciudades más dinámicas de todo el territorio venezolano, sin duda la más significativa de la cuenca del lago, gracias al aprovechamiento geohistórico de su espléndida posición geográfica. En ella, en efecto, se imbricaron las ventajas de sus funciones portuarias marítimas y lacustres, a la vez que la convirtieron en un próspero centro de acopio de diversos productos agropecuarios y artesanales de su extensa zona de influencia —que abarcaba la península de la Guajira, serranía de Perijá, tierras orientales del actual estado Falcón, Andes venezolanos y comarcas barinesas, valles de Cúcuta y Pamplona en el reino de Santa Fe—, exportados hacia las Antillas, Cartagena, Veracruz y Sevilla. Se trataba de artículos bien diversos: cueros, harina, jamones, lienzos de algodón, cacao, trigo, tabaco, papelón y aguardiente, entre otros, provenientes de diversos embarcaderos a orillas del lago. En contrapartida, llegaban a Maracaibo, y de allí eran distribuidos a su *hinterland*, productos europeos y antillanos por vía legal y del contrabando. Entre los puertos lacustres que la surtían tenemos Los Puertos de Altagracia, temprano asiento fundado en 1529 por Ambrosio Alfínger, quien visualizó muy bien, como en el caso de

(9) «Descripción de la ciudad de Nueva Zamora, su término y laguna de Maracaibo, hecha por Rodrigo de Argüelles y Gaspar de Párraga, de orden del gobernador don Juan Pimentel» en Antonio Arellano Moreno, *Relaciones geográficas de Venezuela*, p. 204.

(10) «Información del estado en que estaba la ciudad de la Nueva Zamora de Maracaibo al tiempo que el capitán Juan Pacheco Maldonado entró en ella. Año de 1607». En: Antonio Arellano Moreno, *Relaciones geográficas de Venezuela*, pp. 306-308.

Maracaibo, su estratégica posición en el punto de ruptura entre los espacios lacustres y los caminos de recuas que la enlazaban con Coro a través de las poblaciones, originalmente indígenas, de Casigua (1724), Borojó (1715), Dabajuro (1766), Capatárida (1768), que la surtían de cueros y quesos de cabra; Moporo, Tomoporo y La Ceiba, activos desde el siglo XVII entre el tráfico lacustre y tierras trujillanas; Gibraltar (1592), vínculo principal entre el lago y las tierras altas merideñas; Bobures, caserío de cierta importancia para 1656 y productora de cacao y caña de azúcar con mano de obra esclava; San Carlos del Zulia (1778) emplazada en el río Escalante, rodeada de hatos ganaderos,

FIG.15 «Carta corográphica de la laguna de Maracaybo, donde se demuestra la longitud y latitud por escala de legua castellana…», capitán Franciso Ficardo, 1682. 84,7 × 75 cm. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*, Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola, Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.* 37.

cultivos de cacao y plátanos, en contacto con las tierras altas tachirenses y merideñas. Es ella la única ciudad de importancia en la microrregión sur-occidental del lago, en la cual se alojaron también algunas misiones de capuchinos de Navarra y Cantabria. En el río Zulia surgió el puerto de Los Cachos, clave para Cúcuta.

31 Este tráfico crea un paisaje urbano especializado en Maracaibo, conformado por el gran muelle sobre el lago, la formación de barrios en función de comunicaciones portuarias y terrestres —Empedrado, Saladillo y Puerto del Sol— y la presencia, para 1812, de al menos 300 pequeñas embarcaciones que, según José Domingo Rus, «giran con todos los ramos de abasto público» introducidos del interior a la provincia «por los ríos, entradas y aduanas» que recibían «los fuertes cargamentos de tierra adentro y ricos valles de Cúcuta»(11). Este movimiento comercial afianzó la hegemonía regional marabina, prosperidad que se vislumbra en el espacio urbano de la Plaza Mayor, el Ayuntamiento, la Cárcel Real, la iglesia matriz y auténticos caserones de cal y canto, algunos de dos pisos con sobrios balcones, habitados por poderosas familias españolas y criollas. La relevancia de las funciones urbanas se manifiesta, igualmente, en las fortificaciones emplazadas a la entrada de la barra de Maracaibo. El primer fuerte defendió, a veces sin éxito, la entrada del lago, la ciudad y el *hinterland* andino desde mediados del siglo XVII, cuando Felipe IV decretó, en 1643, la erección de la fortificación Castillo de Barra Grande en la isla de San Carlos de Mara. Fue destruido en 1665 por el pirata francés El Olonés. En el mismo lugar se construyó, de común acuerdo con el gobernador de la provincia de Mérida, La Grita y Maracaibo, el actual castillo de San Carlos entre 1679 y 1682. Posteriormente, se fortificaron las islas de Barboza y Zapara. La ciudad también conoció un inusitado crecimiento demográfico en unas pocas décadas: tenía alrededor de 10.000 habitantes en 1774 en la época de la visita pastoral del obispo Mariano Martí, 22.000 a principios del siglo XIX conforme a Depons, y alrededor de 30.000 en 1812, entre españoles, criollos, mestizos, indígenas y negros.

Entre la aridez y la humedad

32 En la región marabina existieron varias fronteras al poblamiento hispano y criollo conformadas por tierras áridas y selvas densas y húmedas, repulsivas al colonizador. La primera de ellas es la península de la Guajira de territorios en extremo áridos, que se acentúan en el sector septentrional, con clima desértico muy caliente y con lluvias escasas. Estaban, además, habitadas por indígenas belicosos, en especial guajiros, dedicados al pastoreo, a la recolección de dividivi y palo brasil, que sostienen intenso contrabando. El primer movimiento poblacional en este extenso territorio llegó de lejos: de Nueva Cádiz de Cubagua. En efecto, al escasear las perlas, los cubagüenses inspeccionaron todo el litoral de tierra firme hasta encontrar, en las inmediaciones del cabo de La Vela, algunos placeres perlíferos. Allí instalaron primero una ranchería móvil dependiente de Cubagua que, con el tiempo, se convirtió en un pequeño poblado, no muy lejos del río de la Hacha, Nuestra Señora Santa María de los Remedios,

(11) «Sobre la Provincia de Maracaibo, hecha al Consulado de Caracas por el diputado consular del Puerto de Maracaibo, José Domingo Rus, del 17 de mayo de 1794». En: Antonio Arellano Moreno, *Relaciones geográficas de Venezuela*, pp. 472-473.

nombre local aceptado formalmente por una real cédula de 1547, cuya existencia modificó los límites de la provincia de Venezuela. La consolidación del vecindario ocasionó disputas entre las gobernaciones de Venezuela y de Santa Marta en torno a su adscripción hasta que otra real cédula, también de 1547, precisó la delimitación occidental de la provincia de Venezuela al otorgarle al curso del río de la Hacha un territorio de «ocho leguas de término por cada parte, ansí de la una parte de la costa como de la otra como la tierra adentro»[12], vale decir a una distancia aproximada de 44 km. De haberse conservado en tiempos republicanos esa frontera, herencia hispánica de Venezuela, los límites con Colombia serían muy diferentes en la actualidad, pues la línea divisoria en un mapa moderno partiría, como ha calculado Pablo Ojer, de la costa occidental de la Guajira al norte de la denominada entonces laguna de San Juan, aproximadamente a la altura de la actual Manaure[13]. Esta frontera, sin embargo, no pudo ser mantenida a plenitud debido a la conjunción de al menos tres aspectos: la decadencia de la pesquería de perlas, las tierras semidesérticas y la hostilidad guajira. Por estas dos razones, la Guajira estuvo casi deshabitada hasta bien entrado el siglo XVIII, si bien Maracaibo intentó proyectarse en estos territorios, lográndolo fugazmente con la fundación, en 1591, de San Juan de Guillena, en la laguna de Aliles, luego llamada Sinamaica, y Nueva Troya, ambas de corta vida. Posteriormente, entre 1660 y 1668, la ciudad emprendió pacificaciones de los indios guajiros, cocinas y paraujanos, siempre amenazantes, y de nuevo de 1773 a 1776, cuando Maracaibo hizo el último intento de conquista de la Guajira, fundando varios poblados, entre ellos Pedraza y Sinamaica, los puertos de Bahía Honda y Sabana del Valle, esta última al sur de Punta Espada, la mayoría desmantelados al poco tiempo. Sin embargo, San Bartolomé de Sinamaica, fortín erigido entre 1774–1775, logró consolidarse como también otros pequeños núcleos de poblamiento criollo, emplazados en las inmediaciones de las lagunas de Paruaje y Sinamaica, en cuyos contornos subsistieron unos pocos vecinos dedicados a labores agropecuarias que aprovechaban el curso del río Limón.

33 Otra frontera del poblamiento estuvo conformada por la cordillera de Perijá, sierras dominadas por una tupida selva higrófila pluvial y habitadas por nativos indómitos. Como consecuencia, el poblamiento microrregional fue exiguo a comienzos del siglo XIX, siendo su centro la Villa del Rosario de Perijá (1728) con familias dedicadas a labores ganaderas y agrícolas, básicas para el consumo de Maracaibo, en cuyo comercio colaboraría luego Machiques, formada en 1735. El mismo tipo de selva conformó una frontera en los territorios sur-occidentales del lago. Por ello el poblamiento fue muy tardío, en manos de capuchinos de Navarra y Cantabria, quienes lograron reducir unos pocos motilones en 7 poblados erigidos entre 1780 y 1793. En esta microrregión prosperó, como se ha dicho, el vecindario criollo de San Carlos del Zulia. De la misma manera, hasta comienzos del siglo XIX, persistieron espacios vacíos en la fachada orien-

(12) Reales cédulas reproducidas en Manuel Donís Ríos, *El territorio de Venezuela. Documentos para su estudio*.

(13) Véase la obra *Sumario histórico del golfo de Venezuela* de la que provienen los datos del poblamiento de la Guajira que siguen.

tal, destacándose los denominados pueblos de palafitos: Lagunillas, Tomoporo, Misoa y Moporo, de viviendas sobre el lago sostenidas por palos de vera, «una de las cosas más raras del mundo» según escribiera el obispo Martí.

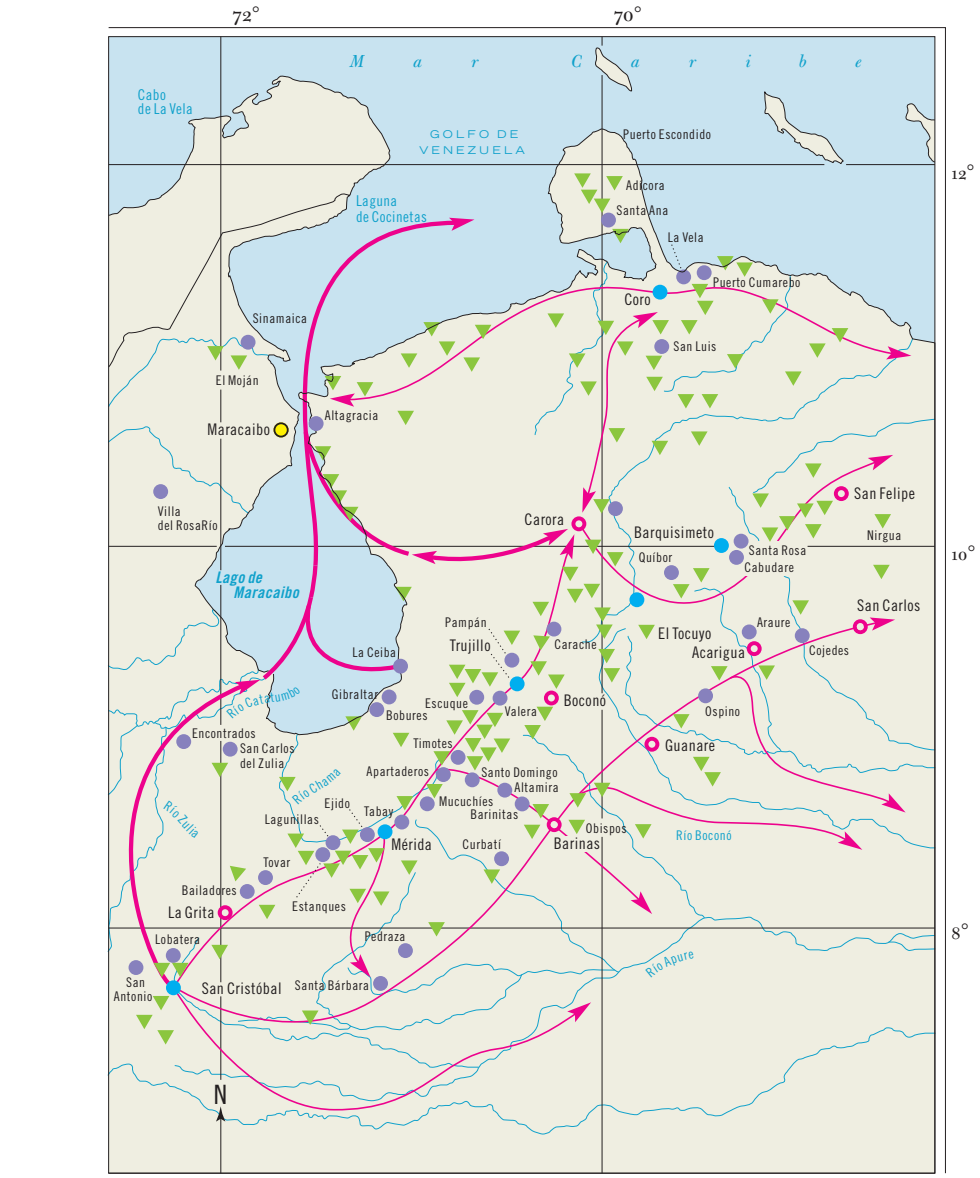
LA CONQUISTA DE LOS LLANOS

34 El poblamiento en los llanos fue desigual en el período hispánico debido a su configuración geofísica. No estamos en presencia de un territorio parejo porque existen diferencias notables de su geografía física y humana. Estos contrastes crearon, a partir del siglo XVI, diversas microrregiones en un amplio espacio de alrededor de 175.000 km², habitado desigualmente por 212.000 personas en 1810. La distinción básica existe entre el piedemonte andino llanero, de buenos suelos y facilidades de comunicación, y los llanos propiamente dichos que, a su vez, se dividen en altos y bajos, cuya unidad básica de poblamiento es el hato. La diferencia esencial entre los dos últimos es que los bajos poseen escasa población aborigen, sus suelos son de baja fertilidad y sufren de un severo aislamiento varios meses al año cuando se inundan. Las crecidas ocurren en el período de lluvias, básicamente entre el 15 de mayo al 15 de noviembre, período de epidemias, razones suficientes para percibirlos como espacios inhóspitos.

Piedemonte: tabaco y ganado

35 El proceso del poblamiento en el marco espacial de los llanos comenzó en el siglo XVI en el piedemonte andino llanero, el territorio de mayor poblamiento de todos los llanos a lo largo del período hispánico, hasta llegar, en 1810, a 90.000 personas. Las razones son diversas. Se trata de una zona que goza de suelos bien drenados, los de mejores condiciones edáficas de todos los llanos, que estimularon paisajes agrarios —tabaco, cacao y algodón— y ganaderos —vacuno, caballar y mular— vinculados, primordialmente, al circuito comercial dirigido a la exportación. Existieron también áreas azucareras dedicadas al mercado interno. Estas comarcas, además, disfrutaron de excelentes rutas naturales a través de pasos de montaña hacia los Andes y lago de Maracaibo, por un parte, y hacia Puerto Cabello, por otra, y de rutas fluviales, que cobran importancia desde 1764, hacia Angostura en Guayana. Esta doble situación conformó ricas microrregiones bajo el liderazgo de los centros urbanos más importantes, Pedraza, Barinas, Guanare y Araure, todas ellas vinculadas por el camino real que, salvo el paso de caudalosos ríos, especialmente en la época de lluvias, no presentaba mayores obstáculos. Fundada en 1577 por el impulso poblador que vino de Mérida, la ciudad de Barinas es la más antigua de las cuatro y prosperó, fundamentalmente, gracias al cultivo principal de toda la región, generador de poblamiento: el tabaco. Éste comenzó a cultivarse en las mesetas del Curay y Moromoy, para luego expandirse a otras áreas, y a exportarse tempranamente a través de Gibraltar. Luego tomaría otras rutas: hacia Puerto Cabello por caminos terrestres y hacia Angostura a través de Puerto de Nutrias, emplazada a su vez estratégicamente a orillas del Apure en una avanzada defensiva de mediados del siglo XVII, luego comercial desde 1711, uno de los principales puertos fluviales de la ruta Apure-Orinoco. En la microrregión barinesa se produjo el tabaco de mejor calidad en todo el territorio venezolano, en su variedad Curaseca, de gran prestigio y demanda en

FIG. 16 Poblamiento y rutas del occidente venezolano hispánico, finales del siglo XVIII.



Situación relativa en Venezuela

Centros urbanos consolidados:

- ~ 20.000
- ~ 10.000
- ~ 6.000
- ~ 2.000

- Villa urbana incipiente.
- Poblamiento rural o misional densificado.
- Eje de comunicaciones.

el mercado holandés y alemán desde el mismo siglo XVII. Barinas, a su vez, disfrutó de una posición estratégica en materia de comunicaciones, entre las tierras andinas, el piedemonte y los llanos de Barinas propiamente dichos, que la convirtieron en punto nodal de comarcas agrícolas y ganaderas. Configuró también una microrregión tabacalera Pedraza, fundada en 1592 y cuyo nombre cambió a Ciudad Bolivia en 1864, bajo el dominio de Barinas para el siglo XVIII.

36 Guanare, emplazada en suelos feraces, donde se combina la agricultura comercial asociada a la ganadería, fue erigida en 1591. El núcleo urbano goza, además, del beneficio de una favorable situación geográfica, en plena encrucijada de rutas que la enlazan tanto con las ciudades vecinas relativamente cercanas del piedemonte, las comarcas de la subregión barquisimetana, y desde allí hasta Coro por el difícil camino de Churuguara, los paisajes andinos trujillanos, como con las dinámicas tierras centrales y su puerto principal, Puerto Cabello. Guanare se benefició, adicionalmente, desde 1779 hasta comienzos de la Independencia, de la incorporación en su seno urbano de la Administración General del Estanco del Tabaco, que significó funciones urbanas de carácter administrativo y residencial, expresadas tanto en las nuevas edificaciones en su entorno como por el número de funcionarios reales que la escogieron como residencia. El poblamiento en Araure no es tan antiguo como el de las ciudades mencionadas y su origen misional la convirtió en una de las ciudades más activas del piedemonte en las incursiones pobladoras al resto de los llanos. Poblada desde 1651, fundada formalmente en 1694, se convirtió en cabeza de una próspera microrregión dedicada básicamente a la cría de ganado, que dominó a la larga a su vecina y más antigua Acarigua, conocida como asentamiento indígena por Federmann en 1530, erigida formalmente en 1620 y trasladada a su actual lugar por capuchinos andaluces entre 1688–1689.

Llanos altos y bajos

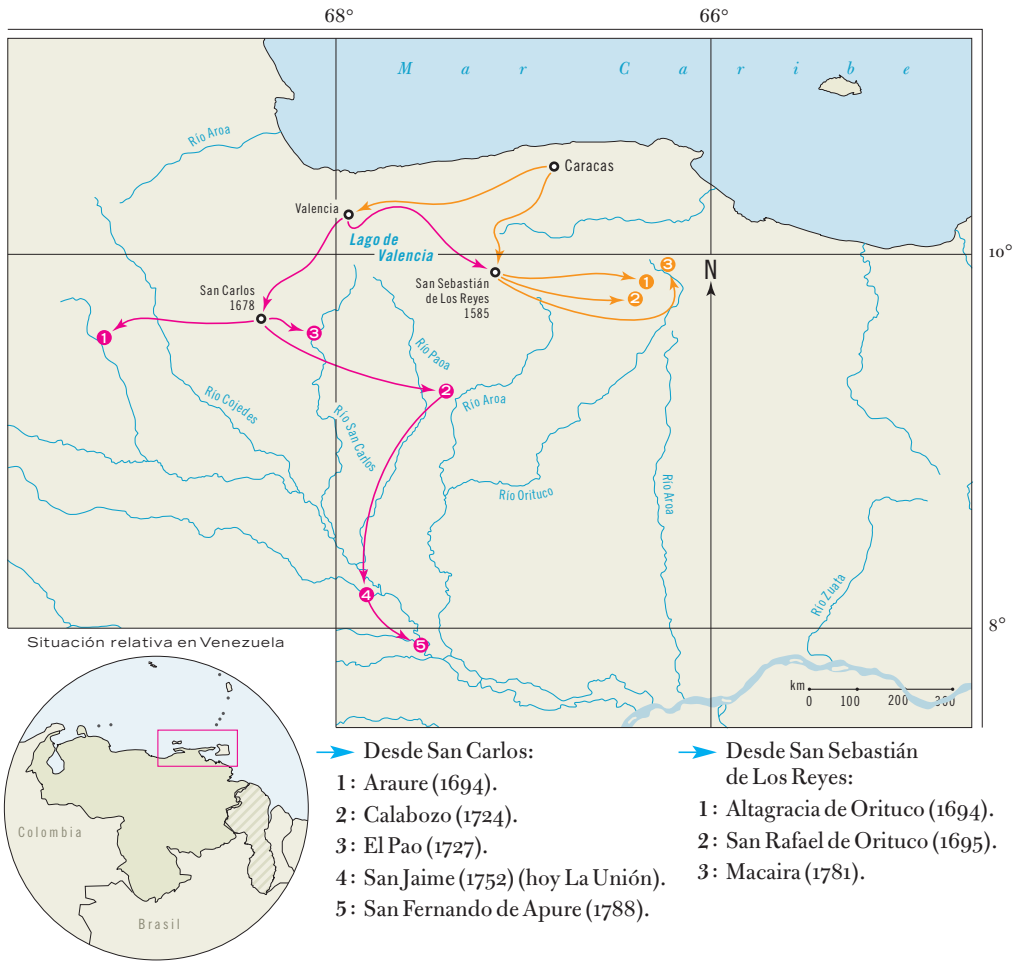
37 La segunda mitad del siglo XVII constituyó uno de los períodos más dinámicos del poblamiento en Venezuela. Fueron los denominados llanos de Caracas los territorios que sintieron con más intensidad este proceso a cargo, primordialmente, de misioneros capuchinos andaluces que incorporaron tanto extensas áreas de los actuales estados Cojedes y Guárico a la esfera caraqueña como territorios apureños. Las expediciones pobladoras partieron, en lo esencial, de San Sebastián de los Reyes y San Carlos, que crearon, a su vez, nuevas cabezas de poblamiento más hacia el interior. San Sebastián, que sufrió varias mudanzas desde 1595 hasta su emplazamiento actual entre los ríos Guárico y Caramacate, y en cuyos llanos prosperó una ganadería comercial muy vinculada a los intereses de latifundistas caraqueños poseedores de hatos en sus contornos, se convirtió en activo centro de avanzadas hacia los llanos centrales. Entre esas incursiones destaca la fundación de Altagracia de Orituco (1694), en cuya microrregión se cultivaría uno de los mejores cacaos de Venezuela, San Rafael de Orituco (1695) y otros poblados que como Macaira (1781) se consolidaron como centros tabacaleros. Más activa fue la villa de San Carlos, erigida después de muchas consideraciones con vecinos caraqueños por capuchinos andaluces en 1678, que se convirtió

en el centro por excelencia de numerosas entradas a los llanos, auténticas expediciones que buscaban tierras —principal interés de los criollos asentados en Caracas— y aborígenes nómadas —que defendieron sus territorios con energía a lo largo del todo el período— para asimilarlos a la vida sedentaria y catequizarlos. El punto fue bien escogido: San Carlos disfrutaba de una posición estratégica entre la costa, vía Valencia, y el *hinterland* que se intentaba conquistar.

38 De ese proceso, muchas veces muy cruento, que se prolongó a lo largo del siglo XVIII, surgieron importantes centros poblados, cabezas de defensa del territorio conquistado, responsables a su vez de la organización del espacio en sus áreas de influencia en base de hatos, inmensas unidades latifundistas. Entre otras figuran Araure (1694), Calabozo (1724), El Pao (1727), San Felipe el Fuerte (1728), San Fernando de Cachicamo y San Jaime (1752) hasta la consolidación de San Fernando de Apure en 1788, vale decir 110 años después de la creación de San Carlos, una demostración de las dificultades —físicas y humanas— que conllevó esta empresa pobladora. En algunos casos surgieron auténticos baluartes caraqueños de la conquista de los llanos, como Calabozo, estratégicamente ubicado a medio camino entre Caracas y los llanos de Apure, vía San Fernando, que configuraría una de las rutas de comunicación más importantes entre la capital y Angostura en la ribera meridional del Orinoco, itinerario que persistió hasta bien entrado el siglo XX. Estas fundaciones incrementaron el papel de localidades más antiguas ubicadas en la primera etapa de esta ruta como Villa de Cura (1717), San Juan de los Morros, surgida espontáneamente desde fines del siglo XVI, Parapara y Ortiz, pobladas desde fines del XVII. De la misma manera, Cabruta, emplazada en la orilla septentrional del gran río, densamente poblada por aborígenes cuando Diego de Ordaz la reconoció en 1531, conformó un sugestivo espacio de confluencia de vías, tanto fluviales, que venían del Nuevo Reino de Granada por el Meta y el Orinoco, como terrestres, a través de difíciles caminos con el Alto Llano caraqueño, especialmente con Chaguaramas (1728) y Valle de la Pascua, con actividades ganaderas desde 1726.

39 Por su condición de suelos de baja fertilidad e inundables, gran parte de los llanos de Apure constituyeron una barrera al poblamiento. Ello explica cómo un espacio de alrededor de 80.000 km² tenía al final del período hispánico muy escasa población, concentrada, básicamente, en sus ciudades principales, todas ellas de modestas dimensiones. San Fernando, emplazada en las márgenes del Apure, que concentró, a partir de 1788, importantes funciones militares, comerciales y de aprovisionamiento de su *hinterland*, sólo contaba con 3.500 habitantes en 1804. Menos poblada era Guasdualito, emplazada en la divisoria de aguas entre los ríos Sarare y Arauca, fundada hacia 1770, de privilegiada posición para el tráfico de ganado de las tierras bajas hacia la depresión del Táchira. Convivieron en este inmenso territorio, como en el caso de algunos espacios barineses, numerosos pueblos misionales de indígenas, como un importante poblamiento aborigen todavía libre que había escapado a la catequización, dedicados, en ambos casos, a los modos de vida tradicionales basados en la recolección, caza y pesca.

FIG. 17 Incursiones pobladoras en los Llanos centrales.



POBLAMIENTO ENTRE RÍOS Y SELVAS: GUAYANA Y AMAZONIA

40 Son tempranas las primeras noticias de la Guayana y la Amazonia venezolanas; no así las reseñas sobre poblamiento hispánico estable. En efecto, las tierras guayanesas y amazónicas, que rebasaban en la época los límites de los actuales estados Bolívar y Amazonas, enfrentaron un poblamiento muy lento, uno de los más tardíos en toda Venezuela. Ese proceso estuvo en manos de civiles, que sólo lograron consolidar la primera ciudad de importancia en 1764, y por misioneros de diversas órdenes que jugaron un papel fundamental. Varias son las razones de esta lentitud: las dificultades costeras del laberinto de pantanos y manglares en las bocas del Orinoco y las propias de los parajes de la desembocadura del Esequibo, las barreras geofísicas de extensas áreas selváticas de clima tropical lluvioso, donde predominan suelos muy frágiles, arenosos y pobres, percibidos como inhóspitos y de difícil dominio, y la agresividad de algunas comunidades indígenas de familia caribe que se aliaron incluso con holandeses, ingleses y franceses en contra de los españoles. El primer informe de estas tierras data de 1516, cuando el explorador Juan Bono de Quejo recorrió las bocas del delta descubriendo el río Orinoco. Posteriormente, Diego de Ordaz penetró, en 1531, por el río

hasta los raudales de Atures, llegando incluso hasta la sierra de Imataca. Lo más importante de esta expedición fue el descubrimiento del interior del inmenso territorio, vale decir Guayana, tal como la llamó el propio Ordaz, que tomó el nombre de la voz indígena, primera vez que se nombra así a estas tierras, incorporadas con dificultades al imperio español. Luego vendrían otras exploraciones españolas, entre ellas la de Alonso de Herrera, en 1535, siguiendo instrucciones de Jerónimo Ortal, explorador del Orinoco junto a Ordaz, que reconoció, parcialmente, el río Meta. En esos años ya se manejaba la especie de tierras ricas en metales preciosos, el mito de El Dorado, que impulsó luego el explorador Walter Raleigh, autor del famoso libro *El descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de la Guayana*, que estimuló la codicia de exploradores y piratas ingleses, franceses y holandeses por estos vastos territorios desde su edición en inglés en 1596. Las expediciones hispanas más relevantes fueron las de Antonio de Berrío —1584, 1587 y 1590— quien, finalmente, fundó un pueblo emblemático de la geohistoria guayanesa, Santo Tomé de Guayana, erigido, según estableció el historiador Pablo Ojer, el 21 de diciembre de 1595[14]. El poblado tuvo que ser cambiado de lugar en varias oportunidades hasta consolidarse, en 1747, como enclave militar en su último emplazamiento en el lugar denominado Los Castillos, a orillas del río Usupamo, estratégica posición en las cercanías de caños deltanos donde se controlaba la entrada de la navegación por el curso del Orinoco. Debido a su estratégica situación, Santo Tomé fue incendiada y saqueada por piratas que merodeaban el territorio atraídos por el mito de El Dorado. Pese a esa precaria existencia, y de su último emplazamiento en terrenos de pobres condiciones edáficas que impidieron la extensión de su jerarquía urbana a funciones agropecuarias que hubiesen robustecido su capitalidad, el poblado cumplió una función militar de primer orden. Su presencia constituyó un bastión de la presencia hispana en Guayana hasta el año de 1764, fecha en la cual se trasladó parte de su población a la nueva ciudad de Angostura, Ciudad Bolívar desde 1846.

41 El proceso del poblamiento en Guayana cambió radicalmente con la incorporación de misioneros desde fines del siglo XVII. Los primeros en llegar fueron los capuchinos catalanes quienes erigieron Belén (1686), Montecalvario (1687) y Platanal (1693) cerca de Santo Tomé, extinguidos todos para fines de 1699. El segundo intento capuchino se efectuó en 1718, cuando fundaron cerca de la desembocadura del Caroní con el Orinoco la misión de Suay, convertida desde 1724 en un hato ganadero, el inicio de este exitoso proceso misional que formó hasta 67 fundaciones, de las cuales 30 sobrevivieron. En 1720 intervinieron los jesuitas, que erigieron 6 pueblos misionales y, en 1721, los franciscanos observantes que fundaron alrededor de 60, muchos de ellos destruidos, quienes se encargaron, además, de los poblados jesuíticos cuando éstos fueron expulsados de todos los dominios americanos en 1767. Para 1734, mediante el acuerdo de La Concordia firmado en Santo Tomé, las tres órdenes se distribuyeron el territorio guayanés, organizándose más aún el poblamiento que tuvieron en sus manos.

42 Al impulso misional siguió, desde mediados del siglo XVIII, el ciclo expansionista lleva-

(14) *La formación del Oriente venezolano*, pp. 567-568.

do a cabo por las autoridades reales, una vez que el tratado de límites hispano-portugués de 1750, y la Expedición de Límites que le siguió como consecuencia, perjudicaron el ámbito territorial de las provincias de Nueva Andalucía y Guayana. De esta manera, y como consecuencia de los planteamientos realizados por José Solano y Bote, cuarto comisario de la Comisión de Límites, la Corona española emprendió la reorganización de Guayana, desagregándola, por un lado de la Nueva Andalucía, y, creando, por otro, dos comandancias en 1762, la de Guayana y la de Nuevas Fundaciones del Alto y Bajo Orinoco y Río Negro, fusionadas luego en 1768. Con este impulso, se creó un frente militar y administrativo que fundó entre 1761–1762 los pueblos de San Borja, San José de Maipures, San Felipe de Río Negro, Tuamimi y Pimichín al occidente del Orinoco y río Negro, que lograron con San Fernando de Atabapo (1758) de estratégica posición en la confluencia de los ríos Guaviare, Orinoco y Atabapo, y el fortín en San Carlos del Río Negro en 1759, ambas erigidas por la acción del propio Solano, contener las apetencias portuguesas. De igual manera, estas nuevas poblaciones, particularmente San Fernando de Atabapo, se convirtieron en cabeceras de nuevas expediciones hacia el interior, que culminaron, remontando el Orinoco, en la fundación de algunos

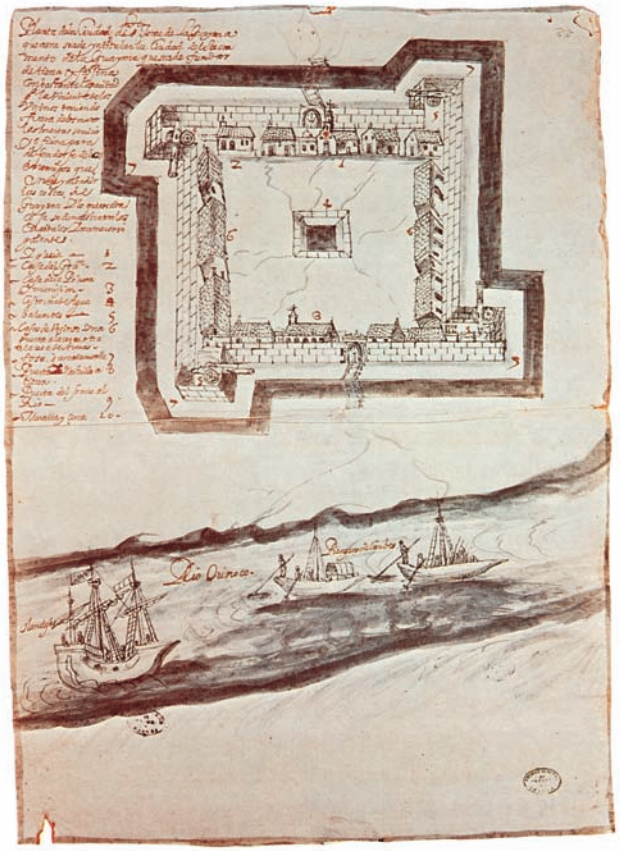
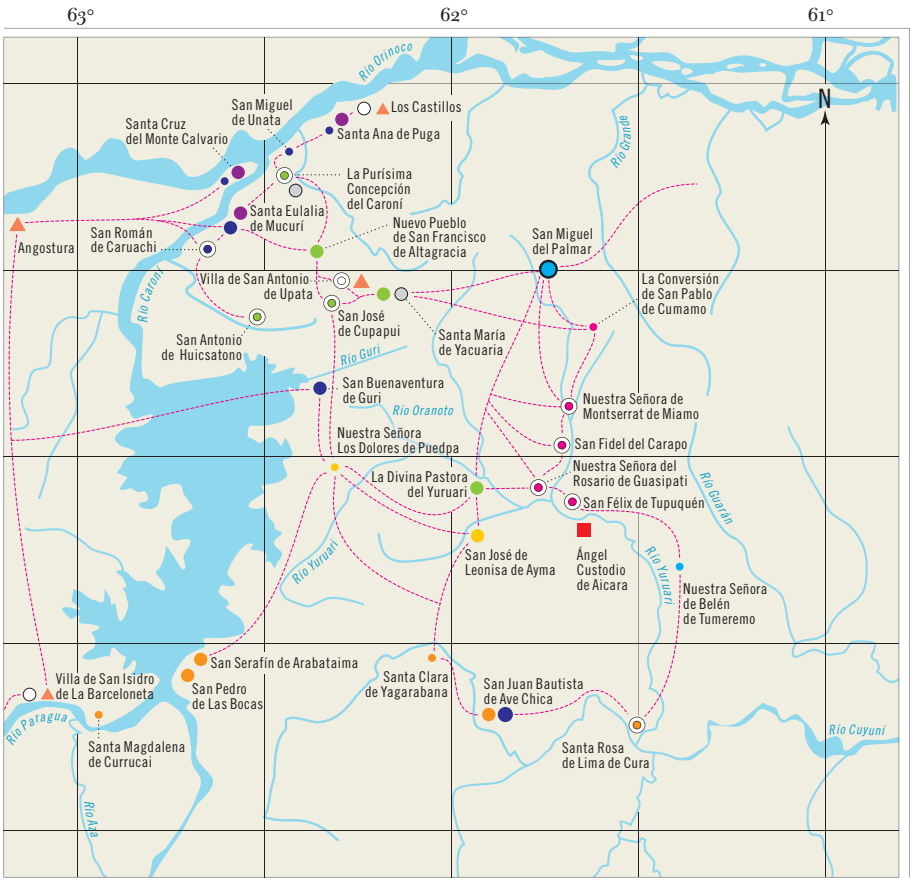


FIG.18 «Planta de la ciudad de Santo Tomé de la Guayana, que ahora se a de yntitular la ciudad del Sacramento de la Guayana…», 1638. 42,3 × 31 cm. *El continente de papel, Venezuela en el Archivo de Indias*, Federico Vegas, Wenceslao López, Nerio Neri Plazola, Ana Luisa Figueredo, Editorial Arte, Caracas, 1984, *p.* 58.

otros centros españoles, entre ellos Santa Bárbara (1759), en el estratégico emplazamiento frente a la boca del río Ventuari; el fuerte Buena Guardia de Nuestra Señora de Guadalupe, emplazado en el extremo orinoqués del caño Casiquiare a fines de 1759, y la pequeña población de La Esmeralda, fundada en noviembre de 1760 en el segundo intento español hacia las cabeceras del Orinoco que, como el primero, había partido

FIG. 19 Poblamiento indígena concentrado en misiones capuchinas, año 1816. Margen sur del río Orinoco y este del Caroní.



Situación relativa en Venezuela

Grupos étnicos:
- Españoles criollos y población mixta.
- Indios caribes.
- Indios guaicas.
- Indios sálivas.
- Indios arinagotos.
- Indios guayanos.
- Indios caribes y guaicas.
- Indios guaraúnos.
- Indios otros grupos étnicos.
- Indios araucas.
- Villas.
- Población actualmente desaparecida.

Distribución de la población:
- 300 a 600 habitantes.
- 600 a 800 habitantes.
- 800 a 1600 habitantes.
- Rutas (caminos o picas).

por órdenes de Solano y Bote de San Fernando al mando de Apolinar Diez de la Fuente. Asimismo, Solano estableció un plan de defensa basado en un sistema de lanchas corsarias, un sistema de fortificaciones a lo largo del Orinoco y la mudanza de la capital de Santo Tomé, fundándose, como se ha visto, la ciudad de Angostura en 1764. En el avance poblacional guayanés tuvo singular importancia la acción de Manuel Centurión Guerrero, gobernador de 1766 a 1776, quien entre 1773 y 1775 envió varias expediciones a la Guayana profunda que descendieron por el río Uraricuera hasta su confluencia con el Tacutú y de allí hasta su unión con el río Mau, en un intento de dominar los cursos superiores de los afluentes del río Branco. Estas incursiones culminaron con la erección de tres poblados de frontera: San Juan Bautista de Cadacada, Santa Bárbara y Santa Rosa de Curaricara, destruidas al poco tiempo por tropas portuguesas(15).

43 La combinación del poblamiento misional y cívico militar se manifestó en un significativo incremento demográfico en pocas décadas: si en 1780 vivían en Guayana 19.616 individuos, los mismos bordeaban 40.000 habitantes a comienzos del XIX, escasos, no obstante, en un marco territorial que superaba los 454.000 kilómetros cuadrados. Ahora bien, debido a las especificidades del medio geográfico y de sus establecimientos humanos, Guayana conoció 6 tipos de poblamiento a comienzos del XIX, tal como ha verificado Pedro Cunill Grau(16). El primero comprende la subregión geohistórica del Delta y Bajo Orinoco, de inmensos espacios vacíos habitados por guaraúnos, amos de los diversos caños, percibidos como un auténtico laberinto de paisajes cenagosos inhóspitos por hispanos y criollos. Pese a ello, los misioneros catalanes erigieron a partir de Sacupana un total de 7 pequeños poblados, dedicados a modos de vida tradicionales de caza y pesca, algo de agricultura y artesanía con la fibra de la palma moriche. Por otro lado, la estratégica situación del Bajo Orinoco fue defendida, como se ha visto, por Santo Tomé desde 1595. Para comienzos del siglo XIX, esa defensa se concentraba en las Fortalezas de la Antigua Guayana, poblamiento militar de exiguo personal. Encontramos también a San Miguel de Unata, emplazado en la ribera oriental del Caroní, poblado misional erigido por capuchinos catalanes en 1779 para beneficiar el traslado del comercio del Caroní al Orinoco. En sus cercanías existía Puerto Tablas, con iguales funciones comerciales desde finales del siglo XVIII. Angostura conformó, por su parte, un tipo de poblamiento bien específico y único, la ciudad más importante de Guayana, que concentraba el 16,5% del total de la población, compuesta por blancos, mestizos, negros e indígenas que, para 1800, llegaba a 6.600 habitantes según Humboldt. Su importancia regional se incrementó en el tiempo debido tanto a su magnífica situación geográfica en el sitio, justamente, más angosto del río, de allí el preciso toponímico, donde controlaba su tráfico comercial por el río. Adicionalmente, Angostura se convirtió en un centro de acopio de productos agropecuarios de regiones bien diferenciadas, tanto de su propio *hinterland* como de paisajes más lejanos de los llanos del Orinoco, los Andes y del piedemonte. Esa función la convirtió en

(15) Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables. Servicio Autónomo de Geografía y Cartografía Nacional, *Mapa Histórico de la Capitanía General de Venezuela 1777*.

(16) *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*, tomo II, pp. 845-916.

FIG. 20 Defensas y rutas de recorrido en la Guayana y Amazonia, finales del siglo XVIII.

Situación relativa en Venezuela

→ Ruta colonizadora de José Solano y Bote.
San Fernando de Atabapo, 1758.
San Carlos de Río Negro, 1759.

Ruta colonizadora de José de Iturriaga.
Real Corona, 1759.
Ciudad Real, 1759.

→ Rutas colonizadoras de Apolinar Diez de la Fuente.
Santa Bárbara, 1759.
Fuerte Buena Guardia de Nuestra Señora de Guadalupe, 1759.
La Esmeralda, 1760.

→ Rutas colonizadoras de la Comandancia de las Nuevas Fundaciones del Alto y Bajo Orinoco y Río Negro (1762-1768).
San José de Maipures, 1762.
Pimichín, 1762.
San Felipe de Río Negro, 1762.
San Antonio, 1767.

→ Rutas colonizadoras de Manuel Centurión Guerrero 1773-1775.
Santa Rosa de Cararicara.
Santa Bárbara.
San Juan Bautista de Cadacada.

→ Tramos de recorrido de los misioneros capuchinos.

→ Tramos de recorrido de lanchas corsarias. Entradas militares terrestres y fluviales en defensa del Cuyuní y Esequibo.

○ Fortificaciones.
● Centros poblados.

un centro exportador, prosperidad manifiesta en su entorno urbano, en particular en su calle más importante ubicada al frente de su razón de ser: el río Orinoco. El tercer tipo de poblamiento, mixto como el de Angostura, se ubicó en el interior guayanés, básicamente en los poblados erigidos por capuchinos catalanes de Santa María de Yacuario (1730), San José de Cupapuy (1733), San Francisco de Altagracia (1734), Nuestra Señora del Rosario de Guasipati (1757), San Antonio de Huicsatono (1765) y especialmente en San Antonio de Upata (1762) y San Isidro de Barceloneta (1770). Entre todos ellos destaca Upata, muy bien situada en el camino entre las riberas del Orinoco y el resto de las misiones capuchinas del interior, en cuyos contornos se cultivaba cacao, arroz, algodón, añil, azúcar y tabaco. El cuarto tipo de poblamiento se estructuró alrededor de 27 pueblos indígenas (entre guaraúnos, caribes, araucas, sálibas, guayanos y pariagotos) obra de capuchinos catalanes en el Caroní y Baja Guayana, fundados entre la tercera década del siglo XVIII y 1788, cuando se erigió Nuestra Señora de Belén de Tumeremo, el último de los pueblos fundados por estos laboriosos misioneros y desde el cual ellos mismos, apoyados por escoltas militares, penetraron en varias oportunidades por el Cuyuní hasta llegar al Esequibo. De esas incursiones

FIG. 21 Poblamiento del delta y bajo Orinoco, años 1800–1830.

surgieron dos fortines militares permanentes: el del Curumo, emplazado en el río Cuyuní, frente a la boca del río del cual toma su nombre, en 1792, y otro entre el Cuyuní y el Mazaruni, frente al río Esequibo, con el fin de frenar tanto las incursiones caribes contra las misiones como erradicar los establecimientos holandeses de caña de azúcar y algodón del Cuyuní y del Esequibo, que experimentaron desde entonces un franco retroceso[17].

44 En las misiones prosperaron centros artesanales avanzados para su época: telares de algodón, curtiembres, herrerías, fábrica de tejas y elaboración de jabones. También paisajes agrícolas y pecuarios de gran riqueza, con especializaciones en el uso del suelo entre conucos de subsistencia indígena, donde predominaban policultivos tradicionales de yuca, maíz y granos asociados a productos de recolección, y plantaciones comerciales basadas en algodón y tabaco. Más trascendentales por su opulencia fueron los paisajes ganaderos que alcanzaban, en 1817, alrededor de 100.000 cabezas de ganado bovino, 80.000 caballares y mulares, como miles de asnos, ovejas, cabras y cerdos. No era ese el caso de las riberas meridionales del Orinoco Medio, entre Caicara (1772) y Angostura, conformado por espacios vacíos dominados por modos de vida tradicionales basados en la pesca y conucos sostenidos por un poblamiento muy reducido. Por último, tenemos las tierras del Alto Orinoco, a partir de Cabruta, aldea indígena llamada Cabritu por Diego de Ordaz en 1531, y Caicara, donde el poblamiento español fue siempre exiguo y reducido, como ya se ha citado, a asentamientos militares para enfrentar las apetencias territoriales portuguesas, algunas de ellas, como San Fernando de Atabapo, mantenida por religiosos franciscanos. Para comienzos del siglo XIX, otros pueblos de misión, algunos de origen jesuítico como Encaramada, Uruana, Pararuma, Carichana, Marimarota, Atures, regidos ahora por franciscanos, emplazados a lo largo de los ríos Casanare, Meta, Orinoco y Guainía-Negro, se encontraban en difíciles circunstancias debido a la triple acción de la barrera de la geografía de las distancias, las enfermedades y la belicosidad de ciertas tribus. Para el mismo período, y por obra de las mismas dificultades, era también evidente el estado de abandono tanto de algunos poblados fundados por autoridades civiles y militares en el Alto Orinoco, ya señalados, como en el propio Orinoco Medio donde las localidades de Ciudad Real, entre los ríos Cuchivero y Caura, y Real Corona, emplazada junto al río Aro, erigidas en marzo de 1759 por la acción colonizadora de José de Iturriaga, Primer Comisario de la Expedición del Límites[18], habían simplemente desaparecido a los pocos años de su establecimiento. No era ese el caso de poblaciones como Angostura y la mayoría de las misiones de capuchinos catalanes, como se ha visto en pleno auge, emplazadas en territorios menos agrestes. Este esplendor acabaría, sin embargo, unos años más tarde debido a la guerra de Emancipación, que implicó la muerte y dispersión de los misioneros, acción que perturbó el ulterior desarrollo poblacional de Guayana, no así de su soberanía, que se extendía, a comienzos del siglo XIX, por toda la costa desde las bocas del Orinoco hasta la desembocadura del río Esequibo.

(17) Pablo Ojer, *Sumario histórico de la Guayana Esequiba*.

(18) Manuel Lucena Giraldo, *Laboratorio tropical*, p. 220.

CONCLUSIONES

45 Diversas estimaciones indican que la población venezolana en la primera década del siglo XIX no sobrepasaba el millón de habitantes. Esta población se distribuyó geohistóricamente de manera desigual, repartida entre paisajes muy humanizados en las regiones costeras y montañosas donde se concentraban las mayores densidades, en otros en pleno proceso de apertura y en algunos donde dominaban todavía los espacios vírgenes debido a la extrema aridez de medios desérticos y esteparios y la humedad de las selvas. Se trataba, como se ha visto, de un espacio geográfico mucho más amplio que el actual, cuyas fronteras se extendían desde su límite occidental al oeste del cabo de La Vela en la península de la Guajira hasta el oriental del río Esequibo, con proyecciones caribeñas desde Los Monjes hasta Los Testigos e interiores a ambas riberas del Orinoco y que se prologaban incluso más al sur desde el río Negro hasta la boca más occidental del Caquetá, inmenso legado de los tiempos hispánicos de algo menos de dos millones de kilómetros cuadrados que padecerá severas contracciones en el futuro. La población, asimismo, estaba dividida en varios grupos étnicos. El más numeroso era el de los pardos o mestizos de color libres, que, para 1811, llegaba a 435.000 individuos, representando el 44,6% de la población total. Los pardos se encontraban para la época en pleno ascenso, tanto por su fuerza laboral en diversas tareas agropecuarias y artesanales como por su presencia en las milicias; le seguían los blancos, grupo heterogéneo que incluía el grupo mayoritario de criollos, los españoles peninsulares y los canarios, representado por 200.000 personas (20,5%); los indígenas alcanzaban a 282.000 individuos (28,9%) y los esclavos a 58.000 personas (5,9%). El marco geográfico aquí descrito hasta 1810, las diversas actividades de sus habitantes y los grupos estratificados de manera muy marcada, entre los cuales existían prejuicios étnicos e intereses encontrados, sufrirán cambios profundos y violentos con la guerra de la Emancipación.

BIBLIOGRAFÍA

ARCILA FARÍAS, Eduardo
--(1973). *Economía colonial de Venezuela*. 2 tomos. Italgráfica, Caracas.
--(1977). *Historia de un monopolio. El estanco del tabaco en Venezuela 1779–1833*. Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
--(1968). «El régimen de la propiedad territorial en Hispanoamérica». En: *La obra Pía de Chuao. 1568–1825*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, pp. 10-112.

AIZPÚRUA, Ramón
--(1993). *Curazao y la costa de Caracas: introducción al estudio del contrabando de la provincia de Venezuela en tiempos de la Compañía Guipuzcoana, 1730–1780*. (Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, núm. 222). Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.

ARELLANO MORENO, Antonio
--(1973). *Orígenes de la economía venezolana*. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas.
--(1964). *Relaciones geográficas de Venezuela*. (Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, núm. 70). Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.
--(1970). *Documentos para la Historia Económica en la Época Colonial. Viajes e Informes*. (Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, núm. 93). Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.

CABELLO REQUENA, Hildelisa
--(1996). *Historia regional del estado Bolívar*. Corporación Venezolana de Guayana, Caracas.

Cardozo Galué, Germán
--(1983). *Maracaibo y su región histórica: consideraciones preliminares y selección de testimonios en los siglos XVI al XIX*. Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela.

Carrocera, fray Buenaventura de
--(1975). «La cristianización de Venezuela durante el período hispánico». En: *Memoria del Segundo Congreso Venezolano de Historia Eclesiástica* (San Cristóbal, 13 al 18 de noviembre de 1972). Editorial Arte, Caracas, pp.189-229.

Castellanos, Juan de
--(1962). *Elegías de varones ilustres de Indias*. (Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, núm. 57). Ediciones de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Cey, Galeotto
--(1995). *Viaje y descripción de las Indias (1539–1553)*. (Estudio preliminar de José Rafael Lovera). Fundación Banco Venezolano de Crédito, Caracas.

Chiossone, Tulio
--(1982). *Historia del estado Táchira*. Biblioteca de Temas y Autores Tachirenses, Caracas.

Cunill Grau, Pedro
--(1993). «Geografía y poblamiento de Venezuela hispánica». En: *Los tres primeros siglos de Venezuela 1498–1810*. Fundación Mendoza-Grijalbo, Caracas, pp. 1-94.
--(1987). *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*. 3 tomos. Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas.
--(1978). *La América andina*. Seix Barral, Barcelona.
--(1978). «Variables geohistóricas sociales en los procesos de degradación del uso rural de la tierra en América andina», *Terra*, año 2, núm. 3, septiembre-octubre, Caracas, pp. 9-44.
--(1999). «Hacia una geohistoria ambiental de Venezuela». *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. tomo LXXXII, núm. 328, octubre-noviembre-diciembre, Caracas, pp. 6-22.

Dauxion Lavaysse, J.J.
--(1967). *Viaje a las islas de Trinidad, Tobago, Margarita y a diversas partes de Venezuela en la América meridional*. Ediciones del Rectorado de la Universidad Central de Venezuela, Caracas.

De Lima, Blanca
--(1999). «Presencia y actuación de los Welser en la Provincia de Coro». En: José Ángel Rodríguez, *Alemanes en las regiones equinocciales* (Libro homenaje al bicentenario de la llegada de Alexander von Humboldt a Venezuela, 1799-1999). Alfadil Ediciones-Comisión de Estudios de Postgrado FHE-Alexander von Humboldt-Stiftung, Caracas, pp.14-34.

Depons, Francisco
--(1983). *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional*. (Selección). Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, Caracas.

Donis Ríos, Manuel
--(2001). *El territorio de Venezuela. Documentos para su estudio*. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
--(2002). *Guayana. Historia de su territorialidad*. Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica Andrés Bello-Ferrominera del Orinoco, Caracas.
--(1989). *Historia de las fronteras de Venezuela*. Cuadernos Lagoven, Caracas.

García Castro, Álvaro
--(1997). «Centros poblados» (Apéndice 1). En: *Diccionario de Historia de Venezuela*. Fundación Polar, Caracas, tomo IV: pp. 363-451.

González Oropeza, Hermann
--(1957). *La fundación de Maturín (1722) y la cartografía del Guarapiche*. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
--(1985). *Historia del estado Monagas*. Biblioteca de Temas y Autores Monaguenses, Maturín, Venezuela.
--(1983). *Atlas de la historia cartográfica de Venezuela*. Editorial Papi, Caracas.

Humboldt, Alejandro de
--(1991). *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. 5 tomos. Monte Ávila Editores, Caracas.

León, José Balbino
--(1981). *Panaquire, expresión urbana del latifundio colonial (Contribución al estudio del éxodo rural a la ciudad)*. Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, Caracas.

Lucena Giraldo, Manuel
--(1993). *Laboratorio tropical. La expedición de límites al Orinoco, 1750–1767*. Monte Ávila Editores-Consejo Superior de Investigaciones Científicas CSIC-España, Caracas.

Martí, Mariano
--(1969). *Documentos relativos a su visita pastoral a la diócesis de Caracas (1771–1784)*. 2 tomos. (Estudio preliminar y coordinación por Lino Gómez Canedo) (Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, núm. 95 y 96). Ediciones de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Morón, Guillermo
--(1971). *Historia de Venezuela*. Británica. 5 tomos. Caracas.

Ojer, Pablo
--(1966). *La formación del Oriente venezolano (Creación de las Gobernaciones)*. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.
--(1969). *Robert H. Schomburgk. Explorador de Guayana y sus líneas de frontera*. Instituto de Estudios Hispanoamericanos, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
--(1982). *Sumario histórico de la Guayana Esequiba*. Biblioteca Corpozulia-Universidad Católica del Táchira, Maracaibo-San Cristóbal, Venezuela.
--(1983). *El golfo de Venezuela. Una síntesis histórica*. Universidad Católica del Táchira, San Cristóbal, Venezuela.
--(1984). *Sumario histórico del golfo de Venezuela*. Universidad Católica del Táchira, San Cristóbal, Venezuela.

Olier, Janett. (Editora)
--(1996). *El lago de Maracaibo y su cuenca*. J &Eme Editores, Maracaibo, Venezuela.

Otte, Enrique
--(1977). *Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua*. Fundación John Boulton, Caracas.

Oviedo y Baños, José de
--(1982). *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*. (Reproducción facsimilar de la edición hecha en Caracas en 1824 por Domingo Navas Spínola). 2 tomos. Ediciones Fundación Cadafe, Caracas.

Parra, Iván Darío
--(1996). *Historia de la ingeniería en el Zulia*. Parra Editores paedica, Maracaibo, Venezuela.

República de Venezuela. Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables. Servicio Autónomo de Geografía y Cartografía Nacional.
--(1997). *Mapa histórico de la Capitanía General de Venezuela 1777*. Caracas.

Rodríguez, José Ángel
--(1986). *Los paisajes geohistóricos cañeros*. (Estudios, monografías y ensayos, núm. 82). Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.
--(1998). *Babilonia de pecados (Norma y transgresión en Venezuela, siglo xviii)*. Alfadil Ediciones-Comisión de Estudios de Postgrado, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Rus, José Domingo
--(1964). «Informe sobre la Provincia de Maracaibo, hecha al Consulado de Caracas por el diputado consular del Puerto de Maracaibo, José Domingo Rus, del 17 de mayo de 1794». En: *Relaciones geográficas de Venezuela*. (Recopilación, estudio preliminar y notas de Antonio Arellano Moreno.) (Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, núm. 70). Ediciones de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.
--(1959). *Maracaibo representado en todos sus ramos*. Imprenta de Vega y Compañía, Madrid.

Samudio, Edda
--(1982). «Las Haciendas Jesuíticas de las Misiones de los Llanos, Meta, Casanare y Orinoco». En: *Misiones jesuíticas en la Orinoquia*. Universidad Católica del Táchira, San Cristóbal. Tomo I: pp. 717-782. Venezuela.

Tavera Acosta, Bartolomé
--(1975). *Anales de Guayana*. Gráficas Armitano, Caracas.

Troconis de Veracoechea, Ermila
--(1977). *Historia de El Tocuyo colonial*. Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
--(1979). *La tenencia de la tierra en el Litoral Central de Venezuela*. Editorial Equinoccio, Caracas.

Tosta, Virgilio
--(1970). *Crónicas de Barinas: evolución histórica, geográfica, política, económica y cultural de una región*. Editorial Sucre, Caracas.
--(1982). *Economía y poblamiento de Barinas*. Editorial Sucre, Caracas.

Vegas, Federico
--(1984). *El continente de papel. Venezuela en el Archivo de Indias*. Fundación Neumann-Editorial Arte, Caracas.

Vila, Marco Aurelio
--(1970). *Conceptos de geografía histórica de Venezuela*. Editorial Monte Ávila, Caracas.
--(1978). *Antecedentes coloniales de centros poblados de Venezuela*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Vila, Pablo
--(1969). *Visiones geohistóricas de Venezuela*. Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas.

Vila P.; R. Carpio Castillo; F. Brito Figueroa y A. Cárdenas
--(1965). *Geografía de Venezuela*. 2 tomos. Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas.

Vivas Pineda, Gerardo
--(1998). *La aventura naval de la Compañía Guipuzcoana de Caracas*. Fundación Polar, Caracas.